

## JOSE CASTILLEJO, UN LIBERAL REFORMADOR DE LA EDUCACIÓN

Luis Palacios Bañuelos  
Catedrático de la Universidad Rey Juan Carlos

ISSN: 2386-2491

### RESUMEN:

Este artículo pretende poner de relieve el papel jugado por el manchego José Castillejo en el ámbito de la educación y de la cultura. Desde el entorno de la Institución Libre de Enseñanza, siguiendo los planes de Francisco Giner de los Ríos, Castillejo se nos presenta como verdadero regenerador de España a partir de la educación. La Junta para ampliación de estudios, la Residencia de Estudiantes, el Instituto-Escuela, etc. son sus realizaciones.

Además, por primera vez desde 1911 se publica completo un documento básico para internarse en la cosmovisión de Castillejo: la conferencia que en ese año dictó en la Sociedad de “El Sitio” de Bilbao titulada LOS IDEALES DE LA CULTURA SUPERIOR..

### ABSTRACT:

This article aims to highlight the role played by José Castillejo, from La Mancha, in the field of education and culture. From the environment of the Institución Libre de Enseñanza (Free Education Institution), following the plans of Francisco Giner de los Ríos, Castillejo comes to us as a true regenerator of Spain from education. The Board of studies amplification, the Residencia de Estudiantes (Students Residency), the Instituto-Escuela (Institute-School), etc. are his embodiments.

Also, for the first time since 1911 a complete document, essential to understand in depth the cosmovision of Castillejo is published: the speech that in that year he gave in “El Sitio” Society of Bilbao with the title of THE IDEALS OF THE SUPERIOR CULTURE..

*No podría faltar en este número que la Revista LA ALBOLAFIA consagra a Castilla-La Mancha un pequeño apartado dedicado a José Castillejo. Se trata de un personaje con quien “me encontré” cuando la vida me llevó a Ciudad Real para participar como Secretario General y profesor en la puesta en marcha del Colegio Universitario. Organicé un seminario para celebrar el centenario del nacimiento de Castillejo lo que me obligó a investigar para sacar a la luz a quien era prácticamente un desconocido. Aquella investigación se convirtió en el primer libro publicado que puso de relieve el*

*importante papel jugado por este ilustre ciudadrealense<sup>397</sup>.*

Castillejo es un manchego, nacido en Ciudad Real, en 1877, vinculado a la Institución Libre de Enseñanza a través de Don Francisco Giner de los Ríos con quien puso en marcha la *Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas* (JAE), en 1907. Desde este organismo,

<sup>397</sup> PALACIOS BAÑUELOS, L. *José Castillejo. Última etapa de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Narcea, 1979.

del que fue Secretario, y en el entorno de la ILE se fundarían la Residencia de Estudiantes, la Residencia de Señoritas, el Instituto-Escuela —en estos momentos se cumple su centenario—, etc.

## EL FRANQUISMO CONVIERTE A CASTILLEJO EN UN DESCONOCIDO

En la dura postguerra, muchos españoles conectaban a través de sus radiogalenas con la BBC de Londres para enterarse de lo que pasaba en el mundo y también dentro de aquella “cerrada” España franquista<sup>398</sup>. No se perdían los mensajes que un español llamado José Castillejo emitía los domingos a través del programa “La voz de Londres”. En sus charlas para españoles repetía a los jóvenes que no se dejaran seducir por la política y que superaran aquella situación que habían heredado de la guerra civil:

*“¡Juventudes! En esta hora suprema abrazaos fraternalmente y acoged a los que os dicen que son vuestros enemigos. Que el germen de la nueva nación no lleve la sangre apestada por el odio. Vuestra misión suprema es reconciliar y perdonar.*

*No os dejéis seducir. Apartaos de la política. Formaos primero como hombres. Estudiad la naturaleza y la historia, la literatura y el arte. Músculos fuertes y cerebro equilibrado son garantías de libertad. Sed libres. No rechacéis doctrinas o ideas, guardarlas para meditarlas. Respetad a los jóvenes equivocados. Más se corrigen con afecto que con desprecio. Cultivad el sentido del honor y del juego limpio.*

<sup>398</sup> La labor llevada a cabo por JC desde la BBC la explica ampliamente su amigo y luego yerno Rafael Martínez Nadal en “José Castillejo, el hombre y su quehacer en “La Voz de Londres” (1940-1945)”, Madrid, Editorial Casariego, 1998.

*La nación que tenga esas juventudes puede tener libertad, democracia y, si el caso llega, victoria”<sup>399</sup>.*

¿Quién era el tal Castillejo? Tras los azarosos años de la guerra y los condicionamientos impuestos por los vencedores, había que hacer memoria para responder a esta pregunta. Unos unían este personaje a la Junta de Pensiones y a su extraordinaria acción investigadora y educativa y le relacionaban con la investigación universitaria, con la Residencia de Estudiantes, con el Instituto-Escuela... instituciones todas borradas por el régimen de Franco. Otros le recordaban como un catedrático un tanto peculiar de la Universidad Central que acudía a sus clases en bicicleta, trajeado y cubierto con un sombrero hongo. Los más pensaban que era un gran experto en temas educativos. Había quienes, siguiendo las pautas del más rancio franquismo, le creían enemigo de España, un “rojo” antiespañol que “se había ganado” el exilio que sufría en Inglaterra y que no merecía estar en España. Aquellos que no se dejaban llevar por la propaganda del régimen sabían la verdad, por encima de todo, era un intelectual liberal al que la locura del 36 había, como a tantos otros, anatematizado, perseguido y... convertido en un exiliado... Pero para la mayoría de los españoles, preocupados de sobrevivir en la dura postguerra, era un perfecto desconocido.

En efecto, Castillejo —como sus colegas institucionistas— fue reprobado e ignorado durante el franquismo. Y al marginarlo, se le relegó al olvido, a la lista de

<sup>399</sup> Tras la nefasta experiencia de la guerra encontramos con frecuencia sugerencias de intelectuales similares a esta de Marañón: “No creas —dice un proverbio oriental— en la castidad que te predica el eunuco. Sólo el que es capaz de errar, el que erró alguna vez, puede enseñar con eficacia el camino recto” (“La lección de Pavlov”, *Ahora*, 20 de abril de 1936).

los repudiados a los que no interesaba conocer. Era de los españoles que el régimen despreciaba y que, por lo tanto, había que rechazar. De hecho, tuvieron que pasar los cuarenta años de la dictadura y esperar a la celebración de su centenario, en 1977, para que apareciera mi citado libro.

¿A qué se debía aquel silencio sepulcral que sufría todo lo referido a la ILE? Esta era la pregunta que nos hacíamos muchos universitarios en pleno franquismo. La respuesta tiene que ver con la propia esencia del régimen de Franco y su rechazo de instituciones y personas que durante la etapa anterior habían destacado por su defensa de la libertad. Aquellos hombres que se calificaban de liberales y que pertenecían a una Institución que se apellidaba precisamente Libre serían acusados de enemigos de la patria y de anti-españoles. Y, consecuentemente, instituciones y hombres fueron “sacados” de la historia; más aún, fueron borrados de la Historia de España por el franquismo.

Hoy sabemos que Castillejo es un destacado protagonista de la historia de la educación y de la cultura españolas; es un reformista liberal. Su curriculum nos dice que era catedrático de Derecho Romano y también Secretario de la Junta de Pensiones. Su capacidad creativa se hizo realidad desde dicha Junta en la Residencia de Estudiantes, en el Instituto-Escuela y en otras muchas instituciones a las que, como veremos, dio vida. Sus libros muestran la faceta más intelectual del personaje. Sus colaboraciones en prensa diaria – por ejemplo, en *El Sol* – son la mejor prueba de su compromiso con la España que le tocó vivir.

En el proyecto gineriano se integrará Castillejo desde que, muy joven, entró en contacto con don Francisco y, a través de él, con la ILE. Entre ambos se estableció

pronto una relación, o mejor, una comunión profunda. Ahora bien, ¿cuál es la aportación de cada uno de ellos? La versión consagrada desde la propia ILE es que Castillejo fue el eficaz colaborador de Giner cuya misión consistió en poner en marcha los planes ginerianos. Mis investigaciones me han confirmado que Castillejo no solamente es un gestor de los proyectos de Giner. No. Castillejo, dentro de la cosmovisión, del programa y de la praxis educativa de la ILE y, por supuesto, siguiendo los planes de Giner, desplegó su extraordinaria capacidad creativa para hacer realidad novedosas empresas educativas. Y la conjunción de estas dos facetas, la de creador y la de gestor, es lo que le convierte en el hombre clave de la última etapa de la ILE. Porque todos sabemos que las ideas y los planes, por muy atractivos que resulten o por muy buenos que sean, no sirven para nada si no se hacen realidad. Y para hacer realidad un proyecto hay que gestionarlo bien. Eso es lo que ocurrió en la ILE con Castillejo.

## BREVES NOTAS BIOGRÁFICAS

José Rafael Claudio Castillejo y Duarte ve la luz en Ciudad Real (30 de octubre 1877) cuando, en Madrid, la Institución Libre de Enseñanza (ILE) daba sus primeros pasos de la mano de Giner. Habrá que esperar al nuevo siglo para que ambos personajes coincidan, se conozcan y establezcan una feliz colaboración. Sus orígenes son manchegos por vía materna –de Alcolea de Calatrava, Ciudad Real– y extremeños –de Cabeza de Buey, Badajoz– por vía paterna<sup>400</sup>. Fueron sus pro-

<sup>400</sup> Sus abuelos paternos eran Rafael Castillejo Pernía, natural de Cabeza del Buey (Badajoz), y Gumersinda Masas Bermúdez de Castro, de Sancti-Spiritus, y los maternos, Jacinto Duarte Sánchez y Susana Pérez de Madrid, de Alcolea de Calatrava (Ciudad Real).

genitores Daniel Castillejo<sup>401</sup> y Masas y Mariana Duarte y Pérez de Madrid. Su abuela paterna había decidido que, como no podía dar estudios a sus dos hijos, enviaría a la Universidad al más inteligente, Daniel, que estudió Derecho en Salamanca, quedándose el otro, Rafael, a cargo de la hacienda.

El nuevo matrimonio, Daniel y Mariana, se instala en Ciudad Real, y donde verá nacer a sus cuatro hijos: José, el mayor, Pilar, Concha y Mariana. En su casa de las calles Calatrava, 16 y Paloma, 22 (hoy calle José Castillejo) vivían con ellos, aunque en estancias separadas, sus tías Aurora, Rosalía y Rita, su preferida, pues le cuidó desde que tenía un año, cuando nació su hermana Pilar.



Las tías y las hermanas de José Castillejo en un balcón de su casa de Ciudad Real: Concha Castillejo, Aurora Duarte, Mariana Castillejo –sentada–, Pilar Castillejo y Rosalía y Rita Duarte.

En la capital manchega, Daniel abre su despacho de abogado<sup>402</sup>. En este entorno familiar, confortable y cordial, vive cuando niño. Estudia en el Instituto de Ciudad Real recibiendo el grado de bachiller

<sup>401</sup> Procedían los Castillejo de Málaga, se establecieron en Córdoba pasando una rama a Fuenteovejuna y de ahí a Cabeza del Buey y Sancti-Spiritus.

<sup>402</sup> Se incorpora al Colegio de Abogados de Ciudad Real el 24 de noviembre de 1874. Fue abogado de la red de ferrocarriles. Véase “Ilustre Colegio de Abogados de Ciudad Real”. Año de 1904. Ciudad Real. Imp. Pérez Hermanos, 34 págs.

el 24 de junio de 1893. Es un muchacho inteligente e inquieto, muy travieso, que aprueba sin problemas, que tiene una enorme facilidad de palabra –sus compañeros le llamarían “el diputado de Parla”– y un desarrollado sentido del humor. Su falta de disciplina hizo que le llevaran interno al colegio “María Cristina” de El Escorial para estudiar los tres primeros cursos de Derecho. Era este un centro católico privado de enseñanza universitaria que acababa de fundar la Reina Regente María Cristina de Habsburgo y Lorena, enclavado en el complejo del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, que gestionan los agustinos. Como era enseñanza libre, tuvo que homologar estos estudios en un centro oficial: en la Universidad de Valladolid y en la de Zaragoza<sup>403</sup>.

EN 1896, se instala en Madrid para terminar sus estudios de Derecho como alumno oficial en la Universidad Central<sup>404</sup>. A finales de ese 1898, logra licenciarse en Derecho<sup>405</sup> tras defender brillan-

<sup>403</sup> En la Universidad de Valladolid homologó los estudios preparatorios (curso 1893-94), que comprendían: Metafísica, Literatura general española e Historia crítica de España. Y en la Universidad de Zaragoza cursó las siguientes materias: Elementos de Derecho natural, Instituciones de Derecho romano y Economía política y Estadística el curso 1894-95, y Derecho político y administrativo (primer curso), Historia general del Derecho español, Instituciones de Derecho canónico y Elementos de Hacienda pública durante el curso siguiente

<sup>404</sup> En la Universidad Central cursó en 1896-97: Derecho civil español común y «foral (primer curso), Derecho político y administrativo (segundo curso), Derecho penal y Derecho internacional público. En el Curso 1897-98: Derecho civil español, común y foral (segundo curso), Derecho mercantil de España y de las principales nacionales de Europa y América, y Derecho internacional privado. Y en 1898-99: Práctica forense y redacción de instrumentos públicos.

<sup>405</sup> El 23 de noviembre de 1898 logra el grado de Licenciado en Derecho con sobresaliente. Su expediente académico se encuentra en el Archivo Histórico Universitario de la Universidad Complutense. Presenta de las 19 asignaturas de la

temente el tema “Sociedad conyugal. Su concepto. Fundamento racional del matrimonio”. El siguiente curso 1899-1900 realizó los estudios de Doctorado<sup>406</sup>.

Tras su contacto con Giner a principios de siglo, Castillejo, que debió pensar en dedicarse a la política, pues cualidades no le faltaban para ello, seguirá las pautas de Don Francisco y centrará su vocación en proyectos educativos. Aprender idiomas y viajar por Europa para, al tiempo que amplía sus conocimientos de derecho, informarse a fondo de las instituciones educacionales existentes en Alemania, en Francia y, sobre todo, en Inglaterra – es un anglófilo convencido– para adaptarlas a la realidad española. Profesionalmente se moverá en dos planos: el educativo como creador y gestor de centros fruto de la planificación de Giner y como catedrático. Castillejo, en fin, se convierte un gran especialista en temas educativos actividad que compatibiliza con su cátedra de Derecho romano. En una visión global del personaje, el adjetivo que mejor le define es el de humanista. De ahí su interés por la historia que inunda sus clases de derecho<sup>407</sup>.

Este es el resumen del brillante curriculum de un español dispuesto a trabajar por una España mejor pero que, pasados los años, sufriría en sus carnes los desg-

---

carrera, 18 sobresalientes y 1 notable. De ellas, las 9 cursadas en Madrid durante los tres últimos cursos presentan además Premio-Matrícula de Honor.

<sup>406</sup> Para el doctorado en Derecho cursó las siguientes asignaturas: Literatura y Bibliografía jurídicas, Historia de la Iglesia y colecciones canónicas, Legislación comparada e Historia de los Tratados. todas ellas con sobresaliente y Premio o Mención. Archivo Histórico Universitario de la Universidad Complutense.

<sup>407</sup> Selección de textos del libro de Castillejo “*Democracias destronadas. Un estudio a la luz de la revolución española, 1923-1939*”, Prólogo de Rafael Núñez Florencio, Madrid, Siglo XXI, 2008, pp.7, 9, 10...

ros de una guerra cruel que le llevarían a exiliarse en Londres donde reposan sus restos con esta simple leyenda: “*Un gran español que murió en el exilio*”.

## SEMBLANZA A TRAVÉS DE TESTIMONIOS

Hacer una semblanza de José Castillejo resulta sencillo porque cuantos le conocieron coinciden en lo fundamental. Salvador de Madariaga o Ramón Carande, Julio Caro Baroja o Pablo de Azcárate, y el retrato que de él hizo su mujer, Irene Claremont<sup>408</sup>, vienen a decirnos lo mismo. Físicamente, era un hombre alto y delgado, con bigote y quevedos, que vestía elegantemente y que ya antes de los cuarenta cubría su temprana calva con un sombrero blando.



José Rafael Claudio Castillejo y Duarte

Caro Baroja dice que llamaba la atención por su porte algo quijotesco, con un cierto aire de modesto profesor laborista londinense<sup>409</sup>. Cuenta Irene que llamaba la atención su larga cara en cuanto al físi-

---

<sup>408</sup> CLAREMONT DE CASTILLEJO, Irene: *I married a stranger. Life with one of Spain's enigmatic men*, 1967, 156 p. Se trata de un libro rico en detalles de la vida de José Castillejo y su entorno que lo tradujo en 1995 su hija Jacinta Castillejo y lo publicó Editorial Castalia con el título “*Respaldada por el viento*”.

<sup>409</sup> CARO BAROJA, J. Prólogo a J. CASTILLEJO: *Guerra de ideas en España*, Revista de Occidente, Madrid, 1976, página 9.

co y que eran rasgos sobresalientes de su carácter su encanto y su sentido del humor, junto a unas excepcionales dotes para la expresión dramática: “era maestro del dramatismo facial y de los gestos de sus bellas manos”. Madariaga abunda en este aspecto: “palabra más manante y espumante, gesto más gráfico y evocador, rostro más expresivo, más capaz de representar una comedia en la que cada facción, ojos, nariz, labios, frente y hasta la vasta calva tomaban parte en la acción, no los he conocido en parte alguna”<sup>410</sup>. Su peculiar sentido del humor le llevaba con frecuencia a tomar el pelo a la gente, divirtiéndose en ello, pero hacía difícil saber cuándo hablaba en broma o en serio. Facilidad de palabra, elocuencia, brillantez, abundancia de ideas y recurso a cuentos y proverbios, humor... Esa era la conversación de Castillejo.

Comprensión y tolerancia genuina se unían a un talante rotundamente liberal. De su sentido de la rectitud dice Salvador de Madariaga: “igual a la suya la he conocido, pero mayor no, porque no cabe”. La austeridad era en él consustancial. Los becarios de la Junta protestaban porque las becas eran muy escasas y las exigencias de Castillejo muchas. Estas actitudes o virtudes están dentro del ideario de Francisco Giner de los Ríos y de la Institución Libre de Enseñanza. Recordemos que preconizaba la libertad y la tolerancia, el trabajo serio y continuado, el rigor y la austeridad y que estaban en contra de cualquier tendencia al lujo. Tal vez por eso, por ejemplo, no sentían ninguna fascinación por el entonces “admirado” edificio de Correos, el más alto de Europa, ni por una Ciudad Universitaria de grandes construcciones cuyas puertas tenían que permanecer en ocasiones ce-

rradas por falta de dinero para pagar a los porteros<sup>411</sup>. Y es que los institucionistas trataban de ir a lo esencial, desprendiéndose de toda apariencia externa. Esta tendencia de JC a ir al fondo de las cosas, a buscar la eficiencia y perfección en todo lo que hacía le llevaba en ocasiones a exigir mucho a quienes vivían o trabajaban con él<sup>412</sup>.

Al acercarnos a la ingente obra que Castillejo realizó, nos convencemos de que se trataba de un hombre inteligente y activo, lleno de ideas y proyectos e incansable trabajador. Justino de Azcárate dice que era un “hombre dotado –superdotado, me atrevo a decir– para la acción”. A esto unía una gran capacidad para tomar decisiones en el momento oportuno así como para llevar a cabo una gestión eficaz. En suma, fue un pragmático, un brillante gestor capaz de hacer realidad, con éxito, sus proyectos. ¿Cómo funcionaba su mente para enlazar ideas y gestión con tanta eficacia? Su mujer cuenta que dejaba que las ideas se cociesen lentamente en su mente. Los proyectos quedaban como en gestación y, llegado el momento oportuno, iba derecho a lo que quería y entraba en acción. Valoraba extraordinariamente la experiencia y buscaba siempre hechos más que palabras. Refiere Irene

<sup>411</sup> El proyecto de una Ciudad Universitaria en Madrid se puso en marcha en 1929 por iniciativa de Alfonso XIII. Una Junta constructora, con el presidente de la República a la cabeza, impulsó las obras entre 1931-1936. En la primera Junta, que tenía a Juan Negrín como secretario, Castillejo figuraba como vocal por la Facultad de Derecho.

<sup>412</sup> En este sentido, cuenta su mujer que había una respuesta que estaba pronta en su boca, especialmente en sus años de exilio: “eso está mal, te enseñaré a hacerlo” y refiere una anécdota ocurrida con su hijo David cuando tenía catorce años que él le relató: en cierta ocasión, cuando su padre le preguntó dónde había colocado unas manzanas que acababa de recoger del árbol, el muchacho respondió “las he subido al desván, papá, y las he puesto en el lugar equivocado”.

<sup>410</sup> MADARIAGA, Salvador de: *Españoles de mi tiempo*. Planeta, 1974, pág. 223.

que en cierta ocasión, participando en una asamblea del Comité de Cooperación Intelectual de la Liga de Naciones donde todo el mundo hablaba sin parar, se levantó y preguntó públicamente si entre los asistentes había alguno dispuesto a poner sus investigaciones científicas a disposición de los que las necesitasen. Tras un largo silencio, sólo se oyó una respuesta positiva, la de Madame Curie.

JC —así firma muchas de sus cartas— era un personaje original y difícil de encasillar. Bajo unas formas suaves, sus decisiones tenían una firmeza casi intransigente. Maneras y actitudes que con frecuencia, dice Justino de Azcárate, la gente, incluso la más afín a él, no comprendía. Ello le proporcionó una gran independencia y autoridad. La gente se refería a “las cosas de Castillejo” pero las respetaba. Andando el tiempo resultaba que esas “cosas” revelaban acierto y una singular eficacia.

Otra característica importante es su habilidad para pasar desapercibido. JC cree más en el hacer que en el aparecer, en el ser que en el estar. Por convicción profunda y también por estrategia. Esta cualidad —rara entre intelectuales— se pone de relieve, a título de ejemplo, en esta carta:

*“...Aunque muy agradecido a su deferencia quiero rogar a V. que no incluya mi nombre entre las personas a quienes dedica su trabajo. De ningún modo ni por ningún concepto puede figurar (mi nombre). Al lado de Tunó y de D. Dalmacio puede usted, si desea ese homenaje a la Junta, mencionar a Cajal que es Presidente de ésta y hombre de ciencia como Tunó o don Dalmacio.*

*Yo soy un funcionario que ejecuta resoluciones de la Junta y ni tengo personalidad científica ni me son atribuibles las medidas de la Junta para proteger la ciencia. Creo que a la Junta y a mí*

*personalmente nos haría usted, con la mejor intención, un daño. Si usted dice en su libro que ha sido pensionado por la Junta creo es bastante porque es la verdad escueta. Si usted pone el nombre de Cajal, o de Bolívar o de cualquier otro científico, rinde un debido tributo a su talento. Pero no otra cosa.*

*Usted excusará mi sinceridad que no excluye mi gratitud. Suyo afectuosamente. J. Castillejo”*  
413.

Esta actitud de discreción absoluta, evitando todo personalismo, no podía dejar de pasarle factura en un país en el que siempre han abundado los “fantasmas” y los que fagocitan lo que otros hacen. Se trata de una tropa de interesados que viven de los demás intentando por todos los medios neutralizar, cuando no anular, al verdadero creador. Si a esto unimos la extendida envidia que suele existir hacia aquellos que, como él, triunfan sin perder su libertad e independencia, tendremos como resultado —al margen de otras consideraciones— la minusvaloración y el silencio que ha existido sobre este personaje.

Para completar este retrato añadiré una nota más. Este hombre, intelectual, catedrático, experto internacional en temas educativos y articulista de cuestiones políticas era al mismo tiempo campesino y granjero. Fue siempre, dice J. de Zulueta, una persona de campo. Tenía una fuerte vinculación con su tierra: “él pertenecía a las piedras, a los arroyos, al calor y a los aromas, tan íntimamente como cualquier campesino”, ha escrito su mujer. Para vivir en plena naturaleza, compró un olivar en Chamartín de la Rosa y convenció a algunos de sus amigos para que hicieran lo mismo. Menéndez Pidal e Ignacio Bolívar, entre otros, seguirían su

<sup>413</sup> Carta meconografiada de Castillejo a D. Cayetano López, 11-X-1922.

consejo. Allí, él mismo podaba los olivos, plantaba árboles frutales, planeaba el método de riego más adecuado para los melones, tomates, pimientos, etc. En su olivar, experimentaba con las semillas que traía de sus viajes al extranjero, cuidaba las viñas y, en ocasiones, elaboraba el vino que se consumía en su casa. En este olivar de la Cuesta del Zarzal, adornado por la jara –tan frecuente en su tierra–, encontró lo que como campesino le faltaba en Madrid<sup>414</sup>.

Podríamos también hablar de un Castillejo deportista pues era aficionado a jugar al tenis, al fútbol y a esquiar. Fue uno de los primeros en traer a España el fútbol, deporte que había aprendido en Inglaterra y que practicaba con sus alumnos de la Universidad de Valladolid. Utilizaba la bicicleta –sin prescindir de su sombrero hongo– para ir de su casa a la Universidad, en San Bernardo, llamando poderosamente la atención en aquellos años en los que no abundaban las bicicletas en Madrid. Giner le enseñó que los viajes eran la mejor manera de aprender y no paró de viajar. Era un amante del excursionismo y hacía, con Giner y Cossío, frecuentes marchas a la sierra de Guadarrama o Gredos. Amante del paisaje castellano, se integraba en la Castilla eterna recién descubierta por los hombres del 98. Nada más expresivo que esta imagen de Madariaga: “Castilla, cerrada sobre sí, reservada y seca de ánimo se derrama en la Mancha. Castillejo, que en lo que tenía de castellano, era muy reservado, dueño de sí y directo, era derramado de palabra, gesto y expresión”. Porque este hombre, cosmopolita, buen conocedor de Europa y América, abierto a las más modernas

corrientes europeas, no olvida nunca sus raíces. Uno de sus refranes preferidos –los conocía y utilizaba cuando la ocasión lo permitía– dice “mira a dónde vas, pero no te olvides de dónde vienes”. Él nunca olvidaría la Mancha, su tierra. En su persona se unían, recuerda su mujer, el idealista don Quijote y el realista Sancho Panza.

## LA JAE COMO NÚCLEO REGENERADOR

La JAE se crea por un R. D. de 11 de enero de 1907 del ministro Amalio Jimeno, bajo el gobierno liberal del marqués de la Vega de Armijo. Este Decreto parte de la idea de que una obra así debía encomendarse a un organismo dotado de las garantías necesarias, independiente de la política, de carácter técnico, con estabilidad y dedicado exclusivamente a temas de investigación y educativos. Funcionará primero como un núcleo de gestión y control de las pensiones y de los pensionados en el extranjero y después como un núcleo generador de instituciones educativas y de investigación. En efecto, desde la JAE irán surgiendo una serie de organismos que tendrán vida propia. Los laboratorios diversos –de idiomas, de física, química etc.– Las Residencias ofrecerán a los universitarios de fuera de Madrid un lugar no sólo donde vivir sino también donde completar su formación universitaria con una atención especial a la cultura humanística. En 1910, aparece la Residencia de Estudiantes y en 1915, la Residencia de Señoritas. Los Centros de enseñanza primaria y secundaria pensados para poder ensayar nuevos métodos de enseñanza, como el Instituto-Escuela (1918), etc. Como los nuevos establecimientos fueron ubicándose entre el barrio de Chamberí y los Altos del Hipódromo,

<sup>414</sup> La Cuesta del Zarzal es hoy la calle Menéndez Pidal. Su finca se conserva tal como él la organizó y una de las casas allí existentes es la sede de la Fundación “El Olivar de Castillejo”.



Ernesto Giménez Caballero lo calificó como “barrio laico”.

¿Podemos hablar de antecedentes? Pueden considerarse antecedentes, en primer lugar, el Colegio Internacional<sup>415</sup>. Creado por Salmerón, en 1866, algunos –y el propio Giner– lo consideran precedente de la ILE. Recientes investigaciones de Sánchez de Andrés<sup>416</sup> ponen el acento como germen de la JAE y el Fomento de la Educación Nacional en unas “juntas de amigos institucionistas” que desde finales de siglo se reunían para hablar de reformas educativas y sociales. En ellas intervenían, con Giner, Bolívar, Joaquín Costa, Gumersindo de Azcárate, Adolfo Álvarez-Buylla, Altamira, Labra, González de Linares, Orueta, Salmerón, Simarro, Uña, Cossío, Torres y un largo etcétera.

Lo importante aquí es concretar que la esencia de lo que será la JAE estaba desde hacía tiempo en los planes de Giner que con esta obra plasmaba estudios y experiencias de treinta años. Y en esos planes hay algunas personas, en concreto Cajal y Castillejo, que juegan un papel relevante. Castillejo, en 1906, fue el encargado en el Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes del servicio de información técnica y de relaciones con el extranjero y del régimen de pensiones que se concedían a propuesta de las universidades. Él prepara desde dentro del Ministerio los proyectos, reglamentos y leyes de lo que muy

pronto sería la *Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas (JAE)*, conocida también como *Junta de Pensiones*. Pienso que en este proyecto jugó muy fuerte su pragmatismo. Había que contar con los presupuestos del Estado para llevar a cabo el programa renovador. Y había también –y esto era fundamental– que saber gestionarlo adecuadamente.

Sin ninguna duda, un papel muy importante es el que juega por Don Santiago Ramón y Cajal. Los grandes parámetros que Cajal desea inyectar en el funcionamiento de la JAE: el amor y el trabajo. Porque para el Presidente de la JAE el móvil de toda labor es el amor: “En la ciencia como en la vida el fruto viene siempre después del amor”. Acierta Ramón Carande cuando en su *“Galería de Raros”* dice que Cajal logra “transformar el ocio en afanes gozosos”. Leoncio López-Ocón<sup>417</sup> afirma que “la JAE contribuyó decisivamente a la cajalización de España”, es decir, a poner en práctica el programa educativo y político de Cajal, ya planteado en una de sus primeras obras –*Reglas y consejos para la investigación biológica*–. Piensa, por el contrario, que la JAE surgió del acuerdo entre investigadores experimentales –con Cajal– y el grupo krauso-institucionista. Para Pablo de Azcárate<sup>418</sup> era “la primera obra seria y constructiva de renovación científica, educativa y pedagógica de carácter oficial, realizada dentro del aparato institucional del Estado en la época moderna”.

La JAE se ocupó inicialmente de organizar las pensiones para que los estu-

<sup>415</sup> Véase en Internet el trabajo de Juan Manuel Díaz Sánchez, *Nicolás Salmerón, fundador y director del Colegio “El Internacional”. Modelo y ensayo para la Institución Libre de Enseñanza-1866-1874*. Se queja el autor que será Giner quien monopoliza la obra colectiva, intuita y anticipada por Salmerón que ha sido sistemáticamente postergado.

<sup>416</sup> Leticia Sánchez de Andrés en “La Junta para Ampliación de estudios dentro del proyecto institucionista de Francisco Giner de los Ríos y Manuel B. Cossío” en *100 años...* o.c. p. 49 y ss. Utiliza una documentación inédita hasta ahora de la Real Academia de la Historia del fondo Giner.

<sup>417</sup> Sigo los trabajos de López-Ocón, su *Breve historia de la ciencia española* (Alianza, 2003) y especialmente su importante artículo “*La voluntad pedagógica de Cajal Presidente de la JAE*”, consultado en Internet.

<sup>418</sup> “José Castillejo la Junta para Ampliación de Estudios”, *Ínsula* 209.

diantes universitarios que tuvieran capacidad e interés salieran al extranjero a ampliar sus conocimientos, a conocer la investigación y los nuevos métodos que en las diferentes ciencias se utilizaban en los países más avanzadas. En una segunda fase la Junta debía proporcionar a sus pensionados cuando volvieran a España los instrumentos necesarios en las instituciones adecuadas para poder adaptar a España lo aprendido fuera. De hacerse bien esta doble labor el resultado no podría ser otro que una renovación de la ciencia en España. También, y no es lo menor en importancia, habría que contar con la influencia que el conocimiento de otras gentes y países produciría en los pensionados que serían receptores de cuando nuevo les ofrecería su situación. Podríamos concluir que con todo ello se estaba ya en el mejor camino posible para regenerar España.

La Junta se plantea como un organismo apolítico, que tuvo como presidente al recién nombrado Premio Nobel Santiago Ramón y Cajal, y como consejeros a personalidades de un relieve excepcional, como Gumersindo de Azcárate, Álvarez Buylla, Joaquín Costa, Echegaray, Menéndez y Pelayo, Sorolla, Torres Quevedo, Luis Simarro, Ignacio Bolívar, etc.

La historia de la JAE que hoy conocemos nos permite concluir que durante treinta años fue el principal órgano de vanguardia en la renovación educativa del país<sup>419</sup>. Del éxito de aquella operación dan buena cuenta los logros alcanzado en los ámbitos más diversos. El problema fue no haber podido continuar su trabajo más tiempo. Aquella guerra incivil, como diría Unamuno, y el posterior Régimen del 18 de julio pusieron punto final a aquel nú-

cleo generador de ciencia y cultura de donde habría surgido un país distinto, la España deseada.

La JAE, para llevar a cabo su labor necesitaba “la confianza de todos los partidos y escuelas, la tolerancia para todas las opiniones y la independencia frente a cualquier exigencia o presión que no sean las de los intereses científicos del país”. De ahí la importancia de dejar fuera la política. El propio JC al reflexionar en el exilio sobre aquella rica realidad que fue la JAE la califica como un experimento de órganos autónomos para la reforma educativa. Porque, en efecto, se creó una especie de directorio apolítico. Y precisamente por eso, la JAE fue mal digerida por los políticos que deseaban intervenir en su funcionamiento, decidir en la designación de becarios, etc. pues “era difícil —dice Castillejo— convencerles de la diferencia entre conceder una beca para investigación científica y nombrar un jefe de policía”. Al final se llegó al compromiso de que la Junta sometería cada año una propuesta para el uso que debía hacerse de las becas acordadas por el Parlamento.

La Junta se componía de 21 miembros honorarios vitalicios, profesores y científicos eminentes, representando las diferentes ramas del conocimiento y todos los matices de la opinión pública: católicos, republicanos, ateos, carlistas... Allí, con Ramón y Cajal como presidente y Castillejo como secretario, se sentaban Álvarez Buylla, Gumersindo de Azcárate, Ignacio Bolívar, Joaquín Costa, José Echegaray, Menéndez y Pelayo, Torres Quevedo, Joaquín Sorolla, etcétera<sup>420</sup>.

<sup>419</sup> Así lo pensaba ya Castillejo en su *Guerra de ideas en España*, pág. 99. El es quien mejor explica lo que pretendió y lo que fue la JAE.

<sup>420</sup> La primera Junta estaba integrada, además de las personas indicadas, por Julián Calleja, José Casares Gil, Victorino Fernández Azcarza, José Fernández Jiménez, José Marvá, Julián Ribera, José Rodríguez Carracido, Vicente Santa María de

Escribe Castillejo en “Guerra de ideas...”:

*“quedaba desechada toda idea de fuerza y de victoria porque, en una corporación que busca la verdad y la justicia, se trata de una cuestión de convicción y de hallar las soluciones apropiadas, no de vencer por el peso de la mayoría. Por tanto, en el momento en que surgió una división de opiniones se posponía la resolución hasta que se hubiesen recogido más pruebas”.*

La verdad es que, como cuenta su mujer, Castillejo se ocupaba de convencer a cada miembro de la Junta individualmente antes de que los asuntos se trataran. Esta ‘preparación del terreno’ le llevaba en ocasiones a pedir ayuda a las mujeres de aquellos que encontraba más reacios para así convencerles mejor.

En relación con las pensiones para el extranjero, JC explica que se daban a cualquier ciudadano español que pudiese dar pruebas de una preparación suficiente, al margen de su edad, calificaciones o estudios previos. Desde 1910, se dieron una media de cincuenta cada año, tras una selección entre unos 200-300 aspirantes. En total se dieron unas 1.300 en un cuarto de siglo. El mayor número se concedió para medicina y derecho<sup>421</sup>.

---

Paredes, San Martín, Luis Simarro, Eduardo Vicenti. Las vacantes se fueron cubriendo por Amalio Gimeno, Eduardo Hinojosa, Menéndez Pidal, Joaquín Fernández Prida, Joaquín Sánchez Toca, Gabriel Maura y Gamazo, Domingo de Orueta, Duque de Alba, Fernando Álvarez de Sotomayor, Luis Bermejo Vida, Juan de la Cierva Codorníu, Manuel Fernández y Fernández Navamuel, Luis Olariaga, José Ortega y Gasset, Julio Palacios, José María Plans, María de Maeztu y Witney, Juan Zaragüeta, etc.

<sup>421</sup> De 1907 a 1934 recibió 8.149 solicitudes de pensión y concedió 1.594. De 1907 a 1914, 2.858 solicitudes y 533 concedidas. 1915 a 1921: 1.564 y 277; 1921-28: 1.663 y 337; 1928-34: 2.064 y 447. GOMEZ ORFANEL, G.: *La Junta para Ampliación de Estudios y su política de pensiones en el extranjero*, «Revista de Educación», marzo-abril 1976.

La Junta daba mayor importancia a la formación y al aprendizaje de métodos que al almacenaje de conocimientos, prefiriéndose aquellos que ya tenían experiencia. En la elección de las materias de estudio la Junta facilitaba completa libertad a sus estudiantes para evitar entusiasmos fingidos.

Desde la JAE fueron creándose:

-El Centro de Estudios Históricos, dedicado al estudio de lengua, literatura y arte españoles y lenguas clásicas. Creado por R. D. 18 de marzo de 1910 (Conde de Romanones), estaba situado en el piso bajo de la Biblioteca Nacional. Contaba con varias secciones a cargo de Rafael Altamira, Miguel Asín, Joaquín Costa (que no llegó a ocuparse de su sección), Manuel Gómez Moreno, Eduardo de Hinojosa, Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal y Julián Ribera.

-El Instituto Nacional de Ciencias Físico-Naturales. Fue creado por R. D. 27 de mayo de 1910 (Conde de Romanones) agrupando para ello el Museo de Ciencias Naturales, con sus anejos marítimos de Santander y las Baleares, el Museo de Antropología, el Jardín Botánico y el Laboratorio de Investigaciones Biológicas de Ramón y Cajal.

-Los Laboratorios permanentes fueron creados por R. O. de 8 de junio de 1910 (Conde de Romanones), con el fin de fomentar las investigaciones científicas y los estudios experimentales, mediante la colaboración de los laboratorios, talleres o centros dependientes del Estado que, invitados por la Junta para asociarse, obtuvieran la necesaria autorización del departamento ministerial a que pertenecieran. El promotor de esta idea fue Torres Quevedo, que puso a disposición de la Asociación su laboratorio de automática.

-La Comisión paleontológica y prehistórica y la Escuela Española de Roma. Fundada por R. D. de 3 de junio de 1910 (Conde de Romanones) dependía directamente del Centro de Estudios Históricos. En principio estuvo a cargo de Ramón Menéndez Pidal, auxiliado de José Pijoán, que entonces era pensionado de la Junta.

Como experimentos para romper la monótona uniformidad de los patrones oficiales y para corregir la atmósfera fría y puramente intelectual de la educación española, buscando una formación integral del hombre, se crearon estas Escuelas y Colegios. Debían cubrir todo el período escolar, desde los jardines de infancia hasta el final de los estudios universitarios. Castillejo los agrupa en dos secciones, el Instituto Escuela y la Residencia de Estudiantes. En todos estos centros, que gozaban de independencia científica, la Junta tenía poderes exclusivos de financiación, nombramiento y despido de sus directores.

#### DOCUMENTO: LOS IDEALES DE LA CULTURA SUPERIOR por JOSE CASTILLEJO<sup>422</sup>

*Los ideales de la cultura superior se publican por primera vez por LA ALBOLAFIA recu-*

<sup>422</sup> Este documento fue a una conferencia que Castillejo pronunció en la Sociedad "El Sitio" de Bilbao en 1911. Se publicó entonces en un pequeño opúsculo. En 1999, El Sitio me invitó a pronunciar una conferencia que titulé "Encuentros con José Castillejo" donde glosé y comenté dicha conferencia. Mi intervención se publicó en La Tribuna de "El Sitio" en el año 2000, en una esmerada edición al cuidado de José Manuel Azcona -Presidente por entonces de "El Sitio"- que recoge una selección de intervenciones de sus 125 años de vida de dicha Sociedad. Están presentes como personajes del pasado: Unamuno, Indalecio Prieto, Azaña, Gumersindo de Azcáate, María de Maeztu, Carmen de Burgos, Ortega y Gasset, Bergamín, Alba, Miguel Primo de Rivera y un largo etcétera. Pero también actuales como Aznar, Anguita, Areilza o Solé Tura.

*perando así uno de los documentos más importantes de Castillejo donde expone toda una cosmología que impregnará toda su obra*<sup>423</sup>.

\*

"Señoras y señores: Cometería un pecado de lesa ingratitud si no dedicara mis primeras palabras a agradecer a la Sociedad El Sitio, y en su representación a la Comisión Directiva, el honor que me ha hecho trayéndome a este lugar, consagrado ya por altas representaciones de la política y de la ciencia, y permitiéndome participar en esta obra de paz y de cultura.

Pero debo advertir que yo no he venido aquí a aportar un factor original, sino solamente a deponer como testigo acerca de cosas vistas y oídas en mis viajes, por si ellas fueran elementos utilizables para los anhelos de resurgimiento que esta región revela.

Quisiera, al menos, contribuir a inquietar un poco nuestro país, llamando a su reposo soporífero con la agitación, con los problemas, con las sacudidas que conmueven cada más hondamente a los pueblos civilizados.

#### **La función política**

Mas cuando yo venía dispuesto a hablaros de los ideales de la cultura superior, es decir, exponiéndolo más sencillamente, de las ideas que parecen inspirar los principales intentos de perfeccionamiento social, he aquí que, pocos momentos antes de congregarnos en este lugar, se extiende por la ciudad la noticia de acontecimientos políticos que inquietan los ánimos y ponen de nuevo en cuestión la estabilidad del régimen en que vivimos.

<sup>423</sup> Conferencia pronunciada por José Castillejo en la Sociedad "El Sitio", de Bilbao, el 1 de abril de 1911.

Y como yo no puedo sustraerme al ambiente que en estos momentos se respira en esta sala, ni se me oculta que, en la paralización de nuestro espíritu nacional, apenas se percibe como señal de vida otra cosa que las leves e intermitentes sacudidas políticas, eco de una sorda fermentación social; ni encontraría acogida, ni despertaría interés entre vosotros en estas circunstancias nada que no venga enlazado al apremiante dolor que el país siente, quiero comenzar planteando problemas políticos. Afortunadamente la época actual va llevando a un mismo cauce aguas que destilaron lejanas fuentes.

Para ello me basta con que reflexionemos todos cuál es el concepto ordinario que de la vida política tenemos y cuáles los elementos que, en el orden de las ideas, han venido, de orígenes varios, a alterar una y otra vez la ecuación de las fórmulas establecidas.

Para interpretar el común sentir en este punto, debo referir la política al arte de gobernar los pueblos, de dar leyes y aplicarlas, de mantener el orden, de hacer justicia, de administrar rectamente.

Ahora bien; imaginad una sociedad que vive con ritmo tranquilo al compás de un conjunto innumerable de reglas que todo el mundo practica sin darse cuenta de ello, y de un grupo más pequeño de normas y leyes que rigen de un modo expreso, por mandato divino, por orden del rey o caudillo, o por una tradición que las hace sagradas, la propiedad y los contratos, y las funciones públicas de la gobernación del Estado, y el castigo de los delincuentes, y la marcha de los tribunales, y la formación de los ejércitos, y la exacción de los tributos; e imaginad la solemnidad del momento en que, por vez primera, se le ocurriera a alguien poner en duda la justicia, la rectitud, la procedencia, la inviolabilidad de esas leyes.

Cuando llegó ese primer momento de rebeldía del espíritu, las gentes se preguntaron si todas las leyes eran justas, y quisieron someterlas al tamiz de su propia conciencia, y alteraron la estabilidad tradicional, y sembraron la incertidumbre y la desconfianza respecto a la legitimidad de los viejos valores, ni más ni menos que hace en una plaza comercial el banquero que lanza la noticia de que circulan monedas falsas y de que no hay una señal indubitada para distinguir las buenas. Se conquistó así la primera libertad, pero se pagó un grave precio de inquietud.

Buscando algún punto de apoyo al orden social, pareció descubrirse luego un criterio para depurar las leyes y distinguir las: un derecho natural impreso en la conciencia de todos los hombres, universal, absoluto e invariable, como manantial puro del cual toda regla jurídica deba derivarse. Mas no imaginéis que duró mucho el goce de esa conquista, porque en todo el campo político y filosófico, desde la extrema derecha al anarquismo, surgió una crítica de las bases del sistema que redujo a insignificante minoría el número de creyentes. Fue puesta de relieve la relatividad de todo derecho y su correlación con los factores etnográficos, históricos, geográficos y culturales, es decir, que cada derecho es producto de su época. Así volvemos nuevamente al reinado de la incertidumbre, y nos quedamos por lo que se refiere a las leyes, como decía antes respecto a las monedas, no sólo sin saber cuál es la nota que distingue las buenas de las falsas sino dudando, si se me permite continuar el símil, hasta de la legitimidad de la acuñación monopolizada, es decir, de que el poder público, la autoridad, pueda imponer límites, en forma de reglas, a la libertad del hombre.

Lo que no pudo conseguirse por el lado del contenido se buscó también mirando al origen, y pareció que toda discusión sobre las esencias jurídicas perdía importancia ante estos dos grandes principios: es derecho justo, y por tanto gobierno justo, el que procede de fuente legítima, y no hay otra fuente de derecho ni otra base de autoridad que la voluntad del pueblo. He aquí cómo se creyó alcanzar otro punto de reposo, porque partiendo de él toda la corriente liberal, que ha sido a la sazón casi toda la corriente política apenas tuvo que preocuparse sino de cómo obtener pura y determinada aquella voluntad nacional. Y no necesito recordar las torturas de los hombres de ciencia y de los hombres de gobierno para obtener el sistema más perfecto de representación, a fin de que llegaran a las Cámaras hasta los más débiles ecos, para sumarse en la resultante, y escapar a la tiranía de las mayorías; ni cómo para todo ello fue preciso movilizar las masas de ciudadanos y llamar por vez primera a su conciencia y hacerlos partícipes de las funciones públicas, viniendo así a la vida en el siglo último un nuevo mundo social que hemos debido pagar por el momento con un tributo de burguesía, mediocridad, nivelación y filisteísmo, pero que también es la fuente y, sobre todo, el resorte único de toda esperanza futura.

Pero sucedió con ese movimiento liberal lo que con todos los otros; que, en su paso por la historia, dejó una herencia definitivamente incorporada al patrimonio de la cultura universal, pero luchó también por ideales efímeros, por conquistas circunstanciales y por errores que otras corrientes, viniendo detrás, se encargan a su vez de purgar.

Pertenece a aquella herencia positiva la consagración de que el gobierno es una fuerza interna, que no puede venir de

fuera; que un pueblo no puede ser gobernado sino gobernarse; que es engañosa toda acción que tienda a sustituir aquel impulso, nacido de las entrañas de la sociedad, por un poder ajeno cualquiera, sea la amenaza de unas bayonetas, los resplandores de una majestad o la sugestión de una generosa teoría. Ninguna hay verdaderamente triunfante hasta que ha penetrado las almas y ha despertado en ellas una cierta energía expansiva.

Y claro está que así, si cambia la vieja noción del gobernante, no desaparece éste. Gobernante es aquél que recoge más certeramente y expresa con más fidelidad el sentir nacional, uniendo a aquello que constituya la conciencia social actual, la fórmula concreta que interprete sus vagas aspiraciones para el porvenir, todo ello en una síntesis donde se sumen esos factores al fondo de tradición histórica, con el coeficiente de valoración que a cada uno corresponda dentro de un criterio universal y humano. Unas veces se ejerce esa función de gobierno desde las Cámaras y los ministerios, otras fuera de ellos y contra ellos. Quien mejor estimula, siente y expresa aquella conciencia social, ése gobierna.

Ahora bien, esa definición esquematizada del principio que nos ha legado la corriente liberal, no es, ni la fiel reproducción de su fórmula primera, ni el contenido único de su esencia. Ahí hemos venido a parar, como antes decía, por una serie de despojos y compromisos.

Si; hoy puede considerarse universalmente admitido que el sujeto del gobierno es el pueblo, de tal modo, que hasta los partidos conservadores y reaccionarios toman el nombre de liberales, e invocan en pro de sus proyectos la voluntad del cuerpo electoral o piden el *referéndum*.

Mas, quizá en este punto llegan algo tarde; porque precisamente esa noción simplicista y mecánica de la sociedad es uno de aquellos principios circunstanciales que la doctrina liberal trajo y que casi desde el comienzo entró en honda crisis. La conciencia del pueblo no quiere decir la opinión del número limitado de ciudadanos actuales que tienen voto, y mucho menos la opinión expresada en un momento determinado y concretada en un *sí* o un *no*, sin matices ni distingos. Se ha traído a la noción de *pueblo* el concepto orgánico de los seres vivos, con el complejo entrecruzamiento de fuerzas que vienen de las cédulas, pero no son dinámicamente su resultante mecánica, la idea de la herencia, la tradición, el influjo consiguiente de las generaciones pasadas y hasta la representación de las futuras, que parecen venir ya a lo lejos reclamando su parte y haciendo pesar su opinión.

Por otra parte, las Revoluciones, que fueron aurora de la era liberal, necesitaron derrocar un régimen feudal, de privilegio personal, y, para no combatir una tiranía con otra tiranía, invocaron la autoridad suprema de la ley. Los hombres les parecieron seres superiores que jamás podían dignamente, sin caer en la esclavitud, someterse a otros hombres; mientras todos deben estar bajo un principio abstracto, absoluto; la ley. Así se redujo la función del gobernante y del juez a la aplicación exacta, implacable, ciega, de la ley. Y así creció la fe en el poder de ésta, hasta el punto de que los mismos partidos conservadores que más razonablemente se habían atendido a las realidades históricas, han dado recientemente el espectáculo de responder a las demandas de la opinión sobre la vida cultural del país, con los textos legales que contienen la lista de los centros docentes y de intentar por leyes y decretos la reforma de la

administración, la instrucción pública y la moralidad.

¡Qué más! Si hasta cuando el honor patrio, ese aroma de una vida social noble, se ha visto en entredicho por actos indignos de un grupo de ciudadanos, se ha querido encomendar a una ley la definición del patriotismo y se ha atribuido la representación nacional a un grupo de mandarines.

Ahí tenéis bien reciente el ejemplo de Francia. En su esfuerzo para llegar a la separación de la Iglesia y el Estado y a la independencia del poder civil, ha traspasado los límites de la neutralidad y ha perseguido a las congregaciones religiosas. El resultado ha sido que los conventos se han convertido en hoteles y los hábitos en levitas y, como no han sabido llegar al espíritu, se han quedado con la sotana en la mano y se les ha escapado el fraile.

Así se recogen de la herencia liberal, con los valores permanentes, esos elementos caducos en sazón de ser eliminados. Porque hace ya tiempo que de diversos vientos vienen aires nuevos a renovar la ficción gastada.

No cabe que entre aquí en detalles. Basta pensar, como síntoma, en el cambio que actualmente se opera en la posición del juez y del magistrado respecto de la ley: de instrumento mecánico para su aplicación exacta (que es siempre injusta y dura) tiende a convertirse en órgano productor y definidor del derecho aplicable en cada caso, sin más sujeción que ciertas orientaciones generales, ni más garantía que una sólida formación técnica y una gran elevación ética.

Ahí tenéis, en igual dirección, los tribunales comerciales modernos, los tribunales para delincuentes jóvenes, la condena condicional y, en el orden político,

la aversión a los gobiernos mixtos, la inclinación al despotismo, patente, v. gr., en Alemania y en el Japón, y la vuelta al principio platónico del gobierno del hombre por el hombre, con todo el predominio del elemento genial y personal que las revoluciones, como antes indicaba, desterraron en odio a la tiranía.

Al mismo tiempo, el fracaso de aquel periodo de esplendor momentáneo que produjeron los reyes filántropos ha traído una reacción a favor de la acción espontánea y difusa del cuerpo social y la desconfianza consiguiente en la labor reflexiva de los filósofos o de los Parlamentos, en cuanto aspiren a traspasar cierto límite, por lo cual no puede ya nadie pensar en improvisaciones que ahorren el proceso lento por el cual se forman, palmo a palmo, célula tras célula, la conciencia y el alma nacionales. Y he aquí cómo, también por este lado, ha quedado el factor *hombre* en el primer plano.

Revélase eso igualmente en el procedimiento. El liberalismo tradicional era abstencionista. Creía bastante la garantía de las libertades individuales y esperaba que ella haría fructífero el entrecruzamiento de los intereses. Pero el socialismo, que surgió como protesta, ha deslizado sus fermentos por doquier, y hoy son intervencionistas todos los partidos, es decir, quieren poner las grandes fuerzas sociales, y entre ellas el Gobierno, al servicio de ciertos ideales que significan en definitiva un tipo humano de mayor perfección y espiritualidad.

Así venimos a parar a otra de las grandes transformaciones de las ideas políticas. Del mismo modo que hizo crisis el principio liberal económico del libre juego de los intereses individuales, como medio de bienestar social, y cien voces proclamaron que el resultado -inmediato al menos- de ese sistema era el capitalis-

mo y la explotación creciente e irremediable del trabajador, así también aquel otro axioma de que la voluntad del pueblo es la expresión de toda justicia y de todo buen gobierno, ha venido también a cierta ruina y descrédito. Porque, consecuentes con él, la pervivencia en la barbarie sería la sola fórmula posible para Marruecos y la intolerancia fanática -de derechas y de izquierdas por igual- sería la única norma justa para España, mientras la gran mayoría de sus ciudadanos no alcance una superior placidez espiritual.

Ahora bien; cuando las grandes potencias envían sus ejércitos a Marruecos, consuman un atentado brutal que nadie podría justificar aunque invocase la voluntad unánime de Europa; pero cuando imponen al Sultán la supresión de los tormentos o cuando muestran su enojo por atávicos impulsos de nuestro país, se apoyan a su vez en un principio ante el cual no son nada las voluntades de miles de millones de marroquíes y españoles. La voluntad del pueblo ha perdido, pues, su aureola de infalibilidad. Cuando se la invoca como fundamento sustantivo no se es sincero. Algunos católicos españoles piden régimen de privilegio a favor de la confesión religiosa de la mayoría, mientras los católicos ingleses, que son minoría, protestan contra ese mismo principio que los pone allí en condiciones de inferioridad. Y es que aquéllos no se atreven a luchar abiertamente por el triunfo de su credo y vienen a la pelea con unas armas que ya arroja el contrario como inservibles.

Porque, en efecto, parece que reclaman su parte en la dirección social y que se constituyen como órganos específicos permanentes, ante los cuales se desvanece el poder ilusorio de una mayoría numérica, entidades de tipo diverso, unas de remoto arraigo, otras en formación; par-



tidos políticos, sectas religiosas, universidades, corporaciones científicas, prensa, sindicatos obreros, trades-unións, mientras decrece visiblemente el poder de los Parlamentos.

Mientras éstos tuvieron que resolver cuestiones de las llamadas políticas, que por la tradición del siglo XVIII quería decir abstractas, generales, negativas, de forma, y por el estado de la cultura media eran un tanto ingenuas y superficiales, la labor legislativa pudo encomendarse a cualquier ciudadano electo; pero cuando la época de lucha romántica ha pasado y problemas de fondo, de contenido, de los que tocan a las fuerzas efectivas espirituales o a la realidad concreta económica, han venido con su complejidad a urgir soluciones que exigen laboriosa preparación de un grupo de técnicos, entonces han quedado los Parlamentos casi reducidos a la función fiscalizadora y a la transmisión de quejas con que las regiones y las clases sociales sacan a luz sus necesidades. Todo lo sustancial se elabora por aquellos otros órganos específicos que oscuramente van apareciendo.

Al mismo tiempo, la voluntad del pueblo como razón suprema de justicia, es sustituida por ciertos principios, más o menos claramente determinados: postulados de la cultura, momentos de la evolución social, fundamentos racionales, exigencias de la naturaleza humana, algo en fin, que recordaría a veces el derecho natural si no fuera menos absoluto y concreto.

Y, sin embargo, de todo ello, no han pasado en vano una etapa revolucionaria y una era liberal. Hay que repetir que el principio del gobierno del pueblo por el pueblo ha quedado como conquista definitiva. Todo gobierno es una fuerza interna de producción compleja. Su sustitución por otra es imposible o ilusoria,

siendo esto propiamente, no una teoría generosa, sino una ley de la mecánica social semejante a la de la gravitación. Pero ello no quiere decir, hay que repetirlo, que aquella fuerza, única directriz *posible*, sea también, y sólo por eso, *justa*. Son frecuentes, hasta la vulgaridad, los casos en que consideramos extraviada la opinión pública o en que juzgamos severamente leyes que reflejan la voluntad nacional.

Ahora bien; mientras no nos hagamos dueños de este secreto que acabamos de ver tan solícitamente buscado y tan empeñadamente escondido en la historia, del criterio de la justicia, continuaremos medidos al azar en el vaivén de los entusiasmos y las negaciones.

No temáis, con todo, que yo venga con la pretensión de haberlo descubierto.

Ni hace falta ahora para lo que quiero deciros. Basta con considerar que, si bien la justicia, como la moralidad, la ciencia o el arte, no son tales porque la mayoría las consagre, es imposible tampoco concebirlas haciendo abstracción del hombre.

Si hay que encontrar fuera de nosotros el criterio de lo justo, será una clase de hombres, dotados de cierta clarividencia espiritual, quienes puedan hallarlo y reconocerlo. Si hemos de producirlo en nuestro interior, será también en las almas dotadas de cierto temple donde más puro germine.

En ambos casos habremos de referir toda idea de perfección, de excelencia, de adelanto, a un fondo humano general susceptible de progreso y mejora. Algunos se atreverán a señalar un cierto punto de llegada, o al menos un cierto norte; pero ¿de dónde lo sacan en definitiva sino de su propio espíritu y hasta revestido, sobre el esqueleto permanente de lo humano, con el superpuesto ropaje de lo

actual transitorio de que -bien que les pese- no podrán despojarlo?

Llámesese causa o llámesese condición, cada vez va apareciendo más claro que no podemos acercarnos al reino de la justicia, sino por el mejoramiento de los hombres, es decir, por el empuje en la dirección hacia la cual tiende el espíritu humano en virtud de su propia fuerza interna.

Para el que observa, no es cuestión de un recuento de opiniones, sino más bien de mirada certera y penetrante a fin de percibir cuál de ellas tiene mayor poder expansivo por haber puesto el rumbo hacia esa vía que la humanidad va a recorrer.

Si la idea que el soñador lanza a los cuatro vientos perfora tiempo y espacio para florecer en su día, no es sino porque tenía delante el calor de su primavera y metió las raíces hondas en favorable suelo.

Es frecuente oír cómo se Invoca una categoría que parece en el primer momento damos la clave: la idea de la *cultura*. No es realmente cosa nueva.

Aparece en Grecia, en Alejandría, en el Renacimiento. Pero su determinación en tan larga historia ha sido también una serie de tanteos y vaivenes: entre la sobriedad y la abundancia, entre la naturaleza y el arte, entre la reflexión y el instinto, entre la idea y el sentimiento, entre la contemplación y la acción. Porque, bien mirado, no es posible señalarle tampoco un contenido a priori, ni aplicarle otra valoración que la de producto, y medio al mismo tiempo, para la renovación interna espiritual. El hombre al servicio de la cultura, quiere decir el hombre trabajando por hacerse más universal y más perfecto, o sea desarrollando las cualidades de su propia naturaleza, de su propio tipo, las cualidades humanas y suprimiendo o atenuando

las extrañas, es decir, las morbosas. La fórmula sería que los hombres se hacen más perfectos y más justos a medida que se hacen más sanos. La salud va dejando al descubierto la racionalidad.

Y si ahora recordamos que, también por lo que se refiere a la aplicación de las leyes, a despecho de reglamentos, de organizaciones judiciales, de penas y cárceles, de ejércitos y torturas, no hay justicia posible sino con hombres justos, comprenderemos cómo el saneamiento de la humanidad va arrinconando aquella maquinaria que jamás trajo el reinado del derecho, sino sólo su vil caricatura.

No cabe imponer a un pueblo una ley extraña que venga de fuera, ni tampoco puede ser proclamado sacrosanto cuanto a un pueblo se le ocurra en medio de su barbarie. No queda, pues, otro camino que ayudarle a salir de ella.

Y permitidme ahora un paréntesis por si alguno creyera que todo esto son flores del ingenio para pasar el rato, lejos de batallar de las realidades. Quiero volver a ellas.

Así como los tribunales y los parlamentos no son sino instrumentos de arbitrariedad cuando los hombres que los componen carecen de ideal puro y de virilidad, así las escuelas, las universidades, las granjas, los canales, los pantanos, los correos, las aduanas, las carreteras, los acorazados y los regimientos no son sino pura -y cara- farsa cuando no hay un espíritu que los vivifica.

¿De qué nos sirve que se apruebe un plan de carreteras y canales si no se construyen? ¿Ni para qué los queremos construidos si los canales han de estar secos y las carreteras serán lodazales? ¿Ni qué vale que el agua corra si no hay campos que regar, ni trigo que sembrar, ni mercados donde vender? ¿No veis las granjas

agrícolas ser jardín de recreo para los ingenieros, y las universidades oficinas, y las academias tertulias? ¿Cómo puede nadie contentarse con llevar a la *Gaceta* la creación de nuevas escuelas, o con hacer exámenes y dar grados y premios, o con levantar flamantes edificios y amontonar aparatos? ¿De qué sirve toda esa fácil decoración si nadie se ocupa en preparar los actores?

Y eso consiste en que, como dice Cajal, lo que más cuesta producir a la Naturaleza es un cerebro. Podemos improvisar un pantano o un barco; pero si no nos es dado poner también un espíritu, nunca serán sino una charca y una boya.

Ahora bien; nosotros hemos sido los últimos en Europa en apercibirnos de que no hay nada tan urgente como crear cerebros; de que no es problema hacer agricultura, sino hacer agricultores; ni hacer universidades, sino científicos; ni escuelas, sino maestros; ni fábricas, sino industriales; ni credos, sino creyentes; ni leyes nuevas, sino hombres nuevos.

Y hemos pagado ese pecado viendo poco a poco escaparse el alma de todas las cosas fundamentales que deberían integrar una nacionalidad y quedar sólo en pie los muros fríos, donde apenas llama algún fuego fatuo. Eso son la inmensa mayoría de nuestras instituciones y establecimientos.

He aquí, por qué quería decir dos palabras sobre los esfuerzos que hace el mundo para retener el espíritu en las cosas, mejor dicho aún, para despojar las cosas de todo lo que no es fuerza espiritual o producto vivo de ella; de la solicitud con que la humanidad, consciente cada vez más de sí misma, va allanando el camino para que se desarrollen sus más sanos gérmenes y cultivando con más esmero cada generación. No hay nada

que tanto pueda enorgullecer a un país como sus hombres, ni aun grandeza material y riqueza efectiva que no se base sobre ellos, sobre su firmeza moral, sobre su potencia de trabajo, sobre su elevación de ideales, sobre sus virtudes cívicas, sobre su salud y su equilibrio.

Por eso la función de gobernar no puede ya vivir de la ilusión de guiar hombres, sino de la realidad de formar hombres que se guíen. Repasad, si queréis hacer esto palpable, los departamentos ministeriales: ¿Qué tiene que hacer Estado más esencial que diplomáticos hábiles y cultos, y Gracia y Justicia magistrados probos, y Fomento agricultores e ingenieros, Instrucción Pública maestros, Guerra soldados y Gobernación administradores y ciudadanos? Todo lo demás se da por añadidura y consecuencia, o se compra barato en el mercado mundial.

Así, cuando se dice que la función política se ha convertido fundamentalmente en una función pedagógica, no se trata de encerrarla en el estrecho límite profesional de fundar más escuelas o abrir nuevas bibliotecas, por urgente que ello pueda ser, sino de volverla en la totalidad de su acción hacia los factores vivos, libértandola de su vieja labor de Sísifo.

Claro está que yo voy a referirme esta noche primordialmente a las instituciones de educación que son semillero general para formar hombres; pero ello es solamente porque me son más familiares. Mas yo querría que mis oyentes no perdieran de vista el sentido general que he procurado acentuar en lo que llevo dicho y que aplicarán cuanto voy a decir sobre algunos problemas concretos de la educación nacional, a todos los otros de la religión, la industria, las artes, la moral o la política que se rigen por el mismo principio: todos se reducen en definitiva, a una laboriosa conquista de almas.

### Los agentes de la cultura

Cuanto me queda por decir se refiere principalmente a cosas vistas en el extranjero y tiende a dar una idea de conjunto de ese enorme movimiento pedagógico de donde parece comienzan a surgir los pueblos nuevos.

Pero sería injusto si no declarara que fue aquí en España, en una escuela que vosotros sin duda conocéis, en la *Institución Libre de Enseñanza*, de Madrid, donde yo vi por vez primera en forma elaborada y orgánica el espectáculo de lo que luego he contemplado como sistema de educación en los pueblos de Europa.

No sé si por haber sido aquella mi primera impresión de toda una concepción nueva, o porque, según luego he visto, aquel grupo de maestros está en contacto hace más de cuarenta años con el mundo civilizado y ha ido recogiendo con percepción certera y amplio espíritu sus más fundamentales direcciones, o también por tratarse de mi propio país y de amigos a quienes debo toda mi formación, yo no he hallado en parte alguna un centro que con tal escasez de medios y tan contrario ambiente haya mantenido tan puros y abundantes los ideales y haya penetrado tan hondo en las entrañas de su pueblo. Y téngase en cuenta que mientras su obra no ha trascendido, ni podía trascender al gran público, se ha considerado en ella como extraordinario y hasta arriesgado aquello que constituye ya en todas partes el sistema ordinario de educación, mientras sus principios peculiares, sus originales aportaciones a la pedagogía moderna y su dirección eminentemente nacional y conservadora, no han sido aún percibidos aquende el Pirineo sino por una exigua minoría.

Así como veíamos que gobernar no es hacer leyes, sino poner la ley dentro de las

almas, así también la obra de formar hombres, la obra general pedagógica, no se agota en un contenido que sea menester incorporar al espíritu humano, ni en un conjunto de reglas, sino que es una dirección, una fuerza, la preparación continua para una vida superior, mediante una acción artística, viva.

Y a la manera como el Gobierno no tiene por instrumentos únicos los ministros y las Cortes, tampoco la función educadora reside exclusivamente en las escuelas y universidades. Éstas las desempeñan como actividad específica, pero no pensemos en modo alguno que está en mano del maestro modelar las generaciones como un alfarero sus vasijas. Primero, porque aquí se opera sobre un sujeto activo que tiene su estructura propia y no se deja forzar, ni renuncia a su propia iniciativa sino para morir. Y segundo, porque la humanidad no se transforma sino por el peso de fuerzas sociales, por un movimiento molecular, difuso, que sale a veces en explosión a la superficie, tras siglos de gestación laboriosa, y hace creer a los espíritus sencillos que el mundo se redime con un discurso y se encauza con un catecismo.

La conciencia de este carácter complejo de la obra educadora, marca una profunda traza en las instituciones pedagógicas de todos los pueblos. Hay un ansia enorme de aprovechar cada día para ella mayor número de factores. Y cuidado, que no existe cosa alguna en el mundo, de las que pueden llegar a nosotros, desde la Naturaleza hasta la ciencia y la idea, que no sea un elemento positivamente utilizable.

La educación es obra social, como lo son el arte, la ciencia o el derecho, y la sociedad es el medio natural en que el hombre se mueve.

De aquí que quieran traerse en todas partes a colaborar en la obra pedagógica, además de las fuerzas naturales (el campo, la luz, el aire, las montañas, la fauna y la flora...), todos los organismos en que el hombre puede vivir.

La familia es acaso entre ellos el más importante. Y en efecto, se ha provocado una doble corriente de auxilio entre la familia y el maestro. Hoy son dos fieles aliados. Pero como se va comprendiendo, una vez pasado el fervor intelectualista, que el hogar es un poder más fuerte que la escuela, cada día es mayor el deseo de ponerlo en condiciones de servir al ideal.

Se quiere que la casa auxilie, continúe y complete la acción de la escuela, y de ahí una serie de instituciones que tienden a dar garantías materiales y morales a la vida de familia y también a educar a los padres como educadores de sus hijos.

Es imposible entrar aquí en detalles; pero no sé si hay actualmente un movimiento de trascendencia semejante a éste.

Al mismo tiempo que la familia, esa ola de mejoramiento humano por la transformación de la humanidad ha bañado estos organismos. Las asociaciones profesionales y obreras, las corporaciones científicas, las fábricas, los teatros, los tribunales, las prisiones, el Parlamento, son otros tantos lugares de propaganda y acción.

Bien se comprende que las Universidades, en ciertos momentos apartadas de lo que no fuera la formación intelectual, ensanchen también, más cada día, en virtud de ese mismo movimiento, su radio de acción; para abarcar la vida toda de los estudiantes, sus juegos, sus hogares, su tutela moral, al mismo tiempo que su formación profesional en los laboratorios; para abrir sus puertas a los obreros y a las mujeres; para hacer obra social y obra de

extensión; para influir en la enseñanza primaria mediante la inspección y las escuelas modelo, y para contribuir a la formación del Magisterio.

¡Qué más! La Iglesia y el Ejército, que por motivos diversos han provocado a veces un cisma en la comunión cultural, son llamados también amorosamente a ella. Las Universidades prestan en muchos países su savia para la formación del clero, y allí donde la pasión no se ha desatado en persecuciones, se ha hecho al sacerdote apóstol de educación moral y cívica, eficaz auxiliar del maestro. Ahí tenéis el ejemplo de Rumania.

Y en cuanto al Ejército, mientras el movimiento pacifista y la solidaridad obrera no acaben con la paz armada, se ha intentado también utilizado. Unos países, como Alemania, han disminuido la duración del servicio a medida que aumenta la cualificación escolar o académica del recluta, y dan además en los cuarteles una instrucción seria. Otros, como Inglaterra, aborrecen el servicio obligatorio y velan para que el ejército no se convierta en un poder político subversivo, a las órdenes de unos cuantos generales, árbitros de la nación. Después de haber asentado bien firme la supremacía del poder civil, hasta el punto de que ni siquiera militares de uniforme se toleran en calles y plazas o fuera de actos de servicio, quiere que el ejército sea la nación en condiciones de defenderse y trata para ello de preparar a cada ciudadano, sin necesidad de cuarteles ni de coacción. Así han surgido los batallones de voluntarios en las escuelas y en las Universidades, la reserva territorial, los cuerpos de *boys scouts*, etc. Y en seguida se ha pensado que el elemento humano es el único que no puede improvisarse, que, mientras cabe comprar fusiles en unos meses, no se hacen soldados sino en años o siglos; y,

como por encanto, los que parecían destinados a ser ministros de la muerte se han hecho por lo pronto heraldos de la vida: se les enseña a ser fuertes, a correr, a nadar, a escalar montañas, a vencer peligros, a ser sobrios, a dormir al aire libre, a bastarse a sí mismos, a conocer la geografía y la topografía de su país, a viajar; se les dan cursos de matemáticas, de auxilio a heridos, de historia, de mecánica... Verdaderamente cuando uno ve en los veranos aquellos campamentos escolares pasando un mes en vida rural de endurecimiento, no hay apenas temor de que surja de ellos el odio enfermizo que hace destrozarse a los hombres. He aquí con qué colosal poder llega la cultura a transformar en fuerzas civilizadoras hasta los instrumentos de barbarie.

Los sindicatos y asociaciones obreras han comprendido igualmente que todo su arraigo depende del modo como vayan formándose las generaciones venideras.

Su obra fundamental ha sido, en rigor, la educación del pueblo. ¿Cómo han podido las ideas de Marx perforar la dura masa social y llegar abajo sino por un trabajo de ariete de sus apóstoles, en el mitin, en la prensa, en el taller y en el hogar? Y al mismo tiempo que esa educación por la idea, se ha trabajado sobre las costumbres y han surgido las cooperativas, las casas del pueblo, las sociedades de socorros y de resistencia y todo ese tejido que ha aprisionado y fortalecido a un mismo tiempo a aquel obrero-célula del siglo pasado.

Todavía más: esas agrupaciones obreras, han recurrido a la educación en su forma específica, a la escuela. En unas partes la han fundado sobre sus propias bases; en otras, intentan en estos momentos reivindicar el gobierno de la enseñanza pública.

Al encuentro de esta corriente salen las clases intelectuales y, hasta hoy, directoras, queriendo, con mayor o menor sinceridad, sumarla al esfuerzo de los organismos tradicionales. Ahí está Oxford, la vieja aristócrata, albergando un colegio universitario de obreros que lleva el nombre de Ruskin, protegiendo, en unión de otras Universidades, el movimiento de extensión, tomando parte en la obra de la *Asociación educadora de Trabajadores* y dando sus hijos a los *settlements* de que luego he de decir unas palabras.

Cuando eso se ha hecho con una gran amplitud de miras y una escrupulosa neutralidad, el éxito ha sido franco; pero 'cuando, tendenciosamente, se ha querido apartar al obrero de su propio credo y servirle *ciencia capitalista*, ha venido enseguida la escisión. Ahí tenéis, en el mismo Colegio Ruskin, en estos momentos, un ejemplo elocuente. Algunos obreros agradecen el honor que se les hace y renuncian a él. Dicen que la Historia y la Economía que se les enseña están falseadas, y tienden a fundar su propia Universidad.

Las prisiones, donde no son todavía cárceles inquisitoriales, mansiones de tortura y miseria, ¿qué son sino reformatorios para transformar, hasta donde sea posible, al delincuente, mediante una educación adecuada que pueda devolverle, quizá, a la normalidad de la vida social?

Basta con esos ejemplos para que se comprenda cómo la educación nacional no es obra de la escuela solamente, sino producto de la colaboración de múltiples fuerzas, y por ello también ha de ser obra de tolerancia y neutralidad lejos de toda pasión política, sectaria, religiosa o de casta. Se quiere formar hombres, no católicos, ni protestantes, ni librepensadores, ni monárquicos, ni republicanos. Ellos serán luego una cosa u otra; pero si antes

y siempre son hombres sanos, lo serán noblemente y en servicio de la humanidad.

No debe extrañar esto. Radicales y conservadores han llegado a coincidir en que no se puede envenenar al público con alimentos adulterados, porque las cuestiones de higiene y salubridad se consideran por encima de toda diferencia de partido, y hasta de todo interés egoísta nacional. Pues de igual modo se viene también al acuerdo de suprimir todo veneno espiritual, todo odio y todo anatema, al menos en esa edad en que los pueblos cultos no permiten tampoco a los niños fumar, ni entrar en cafés y tabernas, ni andar por las calles a deshora.

Bien se comprende que esa neutralidad ha tenido, entre otros, un formidable enemigo en la propaganda religiosa. En los pueblos donde la cultura ha podido penetrar sin hallar en su camino viejos intereses, tradiciones consagradas, preveniciones y recelos, no se ha ocurrido siquiera que las confesiones religiosas pudieran hacer la escuela teatro de sus luchas bajo la protección del Estado y, ni católicos, ni protestantes, ni judíos, han reclamado sino el respeto a sus conciencias, la libertad de propaganda y la igualdad ante la ley.

Pero allí donde la inviolabilidad de conciencia ha tenido que luchar por una alianza secular entre el poder civil y una confesión religiosa, ha sido preciso emancipar a aquél. Cada país ha obrado según su carácter y el estado de su cultura. Francia, v. gr., de un modo violento y, en buena parte, injusto. Inglaterra más suavemente, apoyándose en la idea de la tolerancia, que ha ido ganando los corazones.

Y así se da el espectáculo de que en países sinceramente religiosos, donde el

culto es una necesidad espiritual y no el resultado de presiones sociales o amenazas de condenación, se ve convivir en la escuela, en la Universidad, en el hogar y hasta en el mismo templo, a todas las confesiones, incluso la católica.

Yo recordaré siempre la admiración que a un padre español le producía ver que el director anglicano de una escuela donde íbamos a colocar a su hijo, llamaba al sacerdote católico para encomendarle su dirección religiosa. Y la sorpresa que a mí, educado en el espectáculo del odio, me producía ver a una madre católica que iba ella a su iglesia y mandaba a su hijo a la evangélica.

Y hago aquí punto, por un cierto rubor de que a estas alturas necesitemos recordar todavía estas cosas.

### **La educación para todos**

Otra consecuencia de los principios intervencionistas en política, así como del lugar que ha ido conquistando la formación espiritual en la economía del mundo, ha sido la proclamación de la enseñanza gratuita y obligatoria. Gratuita, para hacerla accesible a todas las clases, y obligatoria para acentuar el deber que tienen los padres y la sociedad de procurarla, ni más ni menos que el alimento sano y el agua pura y el aire limpio, a los niños, mientras ellos no son capaces de gobernarse.

Este movimiento está solamente iniciado en ciertos países y muy avanzado en otros, pero en ninguno suficientemente desarrollado para dejar de ser grave problema.

Porque es el caso que la enseñanza es solamente gratuita en la escuela primaria, y el sistema de las becas a alumnos aventajados, que se emplea para abrir a los que carecen de recursos el camino de la escuela secundaria y la Universidad, deja

desamparados a los que carecen de talento, viveza o habilidad.

La misma escuela secundaria y la Universidad no están apenas dispuestas sino para recibir ciertas clases sociales. El hijo del obrero no puede hacer en ellas una preparación que le sirva para ser obrero. Creo que este problema es de una gran dificultad, porque se complica a su vez con el del valor de la escuela respecto al taller y con el del lugar que debe darse a la cultura desinteresada, humanista, en la formación de las clases trabajadoras. He visto algunos intentos de solución. Ahora precisamente el Consejo de Condado de Londres está abriendo en los barrios más pobres escuelas secundarias donde se hace, al lado de una ligera preparación de cultura general, mucho trabajo de taller: ebanistería, fragua, albañilería, tapicería, confección de trajes, cocina, lavado, plancha y hasta escuela de navegación.

Frecuentan estas escuelas, muy principalmente, becarios que vienen de las primarias y salen hechos buenos obreros, y cuando más oficiales. Quieren evitar, con buen sentido, el escollo de una ingeniería incipiente. Por las noches hay cursos de taller para los muchachos, ya colocados, que quieren continuar un par de años su aprendizaje, y para adultos que deseen perfeccionarse.

Hay que esperar el resultado de este ensayo, pero quizá Bilbao deba tomar muy especial nota de él.

Hasta que ese camino no esté andado, será difícil llevar la enseñanza obligatoria más allá de la escuela primaria o la primaria superior. Pero vendrá el tiempo, y ya se le ve claramente aproximarse, en que aquel carácter obligatorio se extenderá a la educación secundaria o, mejor formulado, en que la escuela primaria se prolongue, por natural desarrollo, hasta la

Universidad. No hasta la actual, sino hasta una Universidad que ahora está en gestación, cuyos contornos apenas se perciben en la penumbra, pero donde seguramente tendrán cabida, para hacer su cultura general superior y su última preparación profesional, todos los ciudadanos, lo mismo obreros manuales que filósofos, hombres que mujeres.

De que esto no es un sueño, ni siquiera un porvenir demasiado remoto, responderán algunas de las indicaciones que más adelante haré.

Pero, si se ha llegado a sentar en los mismos bancos de la escuela primaria a ricos y pobres, no se ha podido conseguir que se nivelen los otros factores de su educación: la familia, el medio social, el taller. No olvidemos, sin embargo, el importante esfuerzo hecho en ese sentido. Todos sabéis que las cantinas escolares dan alimento sano a precio ínfimo o enteramente gratis; que se ha establecido el socorro en metálico a las familias, para mejorar la situación del hogar donde los niños viven; que se hacen colonias de vacaciones, asistencia médica en las escuelas, bibliotecas circulantes; que se dan trajes y calzado, baños y espectáculos; que se concede pase en tranvías y ferrocarriles; que se organizan excursiones; que se constituyen asociaciones de antiguos alumnos y comités tutelares para encontrar trabajo y ofrecer socorro en las épocas de paro. ¡Qué sé yo! No es fácil en unos instantes abarcar toda la obra circum-escolar que aspira a completar, muy principalmente para los desheredados, la labor de la escuela.

Aunque con tales limitaciones, el carácter obligatorio de la enseñanza primaria se ha asegurado de una manera eficaz en los países cultos. A la obligación consignada en la ley y a las penas, inútiles o poco eficaces casi siempre, ha seguido la



organización de un servicio que, en vista de las comunicaciones de los maestros sobre las faltas de asistencia, visita a las familias, socorriendo necesidades o desgracias que alterara a normalidad escolar de los niños y llevando el remedio de un modo tutelar y discrecional, más a manera de apostolado que de función policiaca, allí donde en cada caso se revela la verdadera causa del descuido. Cuando el niño deja de ir a la escuela por falta de unas botas, se le ofrece un par; cuando es por ir a trabajar para ganar soldada, se le ofrece socorro equivalente; cuando por jugar en las calles, se le hace la escuela más atractiva y alegre; cuando por el vicio de los padres, se le lleva a escuelas especiales que suplen en cierto modo su hogar; cuando por perversión propia, ingresa en escuelas de truhanes donde es tratado como anormal, bajo dirección médica y técnica.

No necesito decir, señores, que para todo esto no basta un grupo de funcionarios inteligentes. Es más bien preciso, si se me permite el símil, que todo el tejido social esté él mismo sano, para que regenerare células enfermas o destruidas.

### **La obra pedagógica**

Si consideramos ahora la obra que todos esos factores de la educación nacional han de realizar, hallamos que es preciso partir de la unidad radical del espíritu humano, de cuya total e indivisa actividad son sólo facetas lo que llamamos inteligencia, voluntad o sentimiento. Por eso parece hoy incontestable que toda educación ha de ser total. El esfuerzo para conseguido es uno de los más largos y elaborados capítulos de la política pedagógica moderna.

Como esta corriente se ha formado, en buena parte, surgiendo de los modernos estudios psicológicos y pedagógicos,

en oposición a la obsesión intelectualista precedente, la porción más visiblemente elaborada ha sido el capítulo de la educación física, la educación moral y la educación artística.

La educación física tiene, por ejemplo, su expresión elocuente en aquellos colosales campos de juego, parques y praderas que son el orgullo de las grandes escuelas inglesas. La importancia que este país atribuye a los ejercicios y a los deportes es bien conocida para que necesite insistir en ella.

Aquel principio de la unidad radical del espíritu humano se ha ensanchado, para abarcar también el cuerpo, y ha producido aquí amplias consecuencias. Porque se ha visto que las carreras entre aquellos robles corpulentos, el vestido ligero, la ventilación, el sol, la lluvia, el baño diario, la natación, las excursiones, no han creado solamente en pocas generaciones músculos acerados y hombres endurecidos. Ahora resulta que el *foot-ball* y el *criquet* son la más grandes escuela de educación social, que es decir abnegación y fusión del individuo en la colectividad; el más perfecto ejercicio para desarrollar la iniciativa y hacer rápida la resolución; el más acabado modelo de disciplina objetiva. Ahora resulta que en una excursión se aprende más geografía, más botánica o más geología que en un curso; al menos una geografía y una botánica vivas, dotadas de dinamismo creador. Ahora resulta que el baño purifica a un mismo tiempo el cuerpo y el espíritu; que el cansancio tiene más eficacia moral que un sermón; que la ropa limpia produce maneras cortes.

Los ejercicios físicos se han unido con los juegos. La gimnasia racional metódica, que va sacudiendo músculo tras músculo, tiene graves inconvenientes: tiende a alterar el desarrollo natural del organismo, y

sólo puede ser empleada como tratamiento médico; pero, sobre todo, es ingrata y odiosa para los niños. La forma normal del ejercicio físico es hoy, en todas partes, el juego. Y la razón no ha sido solamente aprovechar esa espontánea tendencia de los niños, sino utilizar su valor pedagógico para el conocimiento de la Naturaleza, para la afinación de los sentidos, para el desarrollo de las facultades formativas e inventoras...

Por otra parte, se ha introducido donde quiera el trabajo manual. Lo hallamos en los jardines de la infancia, combinado con los juegos, y luego en las escuelas primarias y secundarias en forma de talleres, donde se trabaja el cartón, la madera o el hierro, y después en los laboratorios y galerías de máquinas de las Universidades. Pero todo ese esfuerzo no ha obtenido solamente manos más hábiles, más flexibles y ligeras, más fieles y más obedientes a la idea, sino que ha sustituido a aquellos cuadernos donde se repetía cien veces una definición para aprenderla. Porque parece averiguado que aprende mejor un teorema de geometría quien lo construye en madera que quien lo escribe. Y se ha visto además, que ese trabajo manual aguza el ingenio y la originalidad, afina la paciencia, despierta el tesón para no retroceder ante dificultades, da a la febril actividad infantil un mundo plástico donde cristalizar.

En la educación moral hallamos una crisis análoga a la de los otros órdenes. El aprendizaje de reglas morales, la enseñanza de un catecismo moral regulador de la vida, es una consecuencia del intelectualismo, es decir, de un sistema que supone el mundo gobernado por las ideas. Y ese sistema ha fracasado. Basta con pensar en que la idea misma, en el sentir que aquí le damos, es un producto del hombre, y no puede serle prestada, sino sólo producida

en él. Pero, aún después de que alguien haya llegado a comprender perfectamente la distinción entre lo bueno y lo malo, entre lo noble y lo grosero, y sea capaz de formular con toda precisión un imperativo moral, la experiencia tristemente nos enseña que no siempre vive según él. También aquí, como en el orden político de que al principio hablábamos, las leyes no tienen la eficacia que se les ha atribuido.

Y bien se comprende ya que la crisis ha sido la misma. La educación moral no es para las gentes nuevas otra cosa que la formación del carácter. Y la formación del carácter significa la formación del hombre referida primordialmente a la fuerza interna que es factor directivo de su conducta.

De modo que el problema de cómo puede conseguirse que los hombres lleven una vida moral, que antes se contestaba *enseñándoles los preceptos morales*, ahora se contesta *haciéndolos morales*.

E inmediatamente se han echado las gentes a pensar por cuáles caminos podremos obtener hombres dotados de esa fuerza interna. Ahora bien, si hubiéramos de reducir a una fórmula las conclusiones de la riquísima literatura que ese problema ha provocado, sería que no hay un solo factor de la vida que no pueda convertirse en agente para la formación del carácter: la casa, la mesa, la religión, el estudio, el juego, las amistades, los afectos, la Naturaleza, el arte. Vienen luego los tanteos para determinar el valor educativo, v. gr., de cada disciplina científica: quién prefiere las matemáticas, quién el latín, quién la historia; para conocer el valor moral de los juegos, el influjo de la alimentación, del medio social de la familia...

Mas si queremos aquí también recoger, como venimos haciendo, la nota más

saliente, parece indudable que la educación oral, en cuanto es obra de la escuela, tiene como factor fundamentalmente decisivo la personalidad del maestro. Yo pienso que ése ha sido el punto de coincidencia en las encontradas tendencias que disputaron en el último Congreso de educación moral de Londres. Católicos, protestantes, judíos, librepensadores, conservadores y liberales, aristócratas y obreros, convinieron en que nada importaban los planes de estudio, ni la lectura de la Biblia, ni la hábil enseñanza moral con ejemplos, ni ningún otro resorte, comparados con el influjo directo, personal, fresco, de un maestro entusiasta, de costumbres puras, de ideales firmes, de poder sugestivo.

El ideal estético ha sido otra de las grandes aportaciones modernas a la obra de la educación. Su cultivo tiene formas exteriores bien conocidas, desde el decorado de la escuela, hasta el estudio de los grandes modelos artísticos y literarios, el conocimiento de los tesoros acumulados en los museos, la música, el paisaje, el dibujo y tantas otras. Mas lo esencial también aquí es hacer el espíritu del niño sensible a las emociones estéticas y activo para convertirlas en ley de su vida. Esto repercutirá ciertamente en su traje o en sus maneras; pero irá más allá: dará a su espíritu la placidez del equilibrio y será una segunda ley moral, o mejor la misma ley moral en uno de sus aspectos.

Yo creo que esa elevación del sentido estético a norma directriz de la vida, tiene hoy su expresión eminente en el pueblo inglés. Y a ello atribuyo la nobleza de los modales, la delicadeza de los sentimientos, la moderación y el vigor de la acción, que son notas dominantes en aquella raza. La mayor parte de cosas socialmente proscritas, no lo están como inmorales, sino como de mal gusto. Parece como si

en ellos el sentido estético fuera con relación al sentido moral lo que el instinto respecto a la razón: un centinela avanzado, menos reflexivo, pero más seguro.

Hasta por el cultivo del ocio culto se aproxima este pueblo a nuestra representación de lo que pudo ser la antigua Grecia.

### **El ideal social**

La nueva educación aspira a un desarrollo vigoroso de la individualidad. Es visible que atravesamos un neoromanticismo que rinde culto a la originalidad creadora. No importa que degeneren frecuentemente en alardes de extravagancia vacía, si se salva el principio de que es preciso favorecer el desarrollo de cada personalidad para que acuse con todo vigor sus líneas peculiares.

Consecuencia, en parte al menos, de esa corriente, es la tendencia a la simplicidad de la vida (que viene también del lado estético con la vuelta a la Naturaleza) y la preparación para bastarse cada uno a sí mismo.

Sólo que, como contrapeso -o quizá sería mejor decir como consecuencia- hay un fondo de solidaridad y de disciplina social que viene de dentro afuera. Se siente nacer la individualidad más potente cuanto más recia es la base común humana en que se asienta. No basta con hacer hombres; se quiere formar ciudadanos y caballeros.

Ya indicaba antes que los juegos son en las escuelas uno de los grandes medios de desarrollar la individualidad dentro del molde social. Cumplen el mismo fin, en el aspecto intelectual, los laboratorios, de que luego diré unas palabras. Recuerdo que en la escuela de Bedales, en Inglaterra, me encontré con que sólo se otorgaban premios por trabajos voluntariamente

te emprendidos por los alumnos, no por los obligatorios de la escuela.

Al carácter social de la obra pedagógica responden fundamentalmente las instituciones donde se hace vida común. Las de tipo más perfecto no pueden llamarse propiamente internados, porque éstos suele entenderse que suponen la clausura, la cual significa precisamente la exclusión de cierta vida social. Por el contrario, se tiende a que el intercambio de ideas, el contacto de ramas científicas varias, las facilidades económicas, la ventaja de utilizar bibliotecas y organizar juegos, al influjo de un ambiente favorable y todas las excelencias de la vida corporativa, sean compatibles con el ideal familiar y con agrupaciones sociales intermedias o exteriores.

Por eso las grandes escuelas son colonias donde se reúnen un grupo de familias, que suelen ser las de los maestros, un cierto número de muchachos recibidos en esos hogares, y otro grupo que se incorpora como *externos* a las clases y a los juegos. Así nace una especie de aldea o de ciudad escolar, que vive a veces sola en el campo, a veces enclavada en una población, pero que cultiva dentro de sí todos los tipos de relaciones sociales en un ambiente de libertad.

Este deseo de buscar la regeneración de la sociedad total humana mediante la escuela, construyendo sociedades modelo con ayuda de ella y para hacerla, al mismo tiempo, posible, ha crecido en nuestros tiempos, como consecuencia de una más perfecta comprensión del valor del medio social en la obra pedagógica, a que antes me he referido, y de la extensión de ésta a lo largo de la vida humana.

Donde no ha sido posible otra cosa, las instituciones circum- y post-escolares han tratado, por el momento, de subvenir a las necesidades más apremiantes.

Pero allí donde había tradición o fuerza bastante de ideal social, han recibido y proliferado las instituciones educativas de tipo residencial. La corriente se propagó de las escuelas elementales y secundarias a las Universidades, especialmente en los países de lengua inglesa; se remozaron los viejos colegios en las de tipo antiguo, y se han creado, al lado de las nuevas, hospederías para estudiantes, que se aproximan cada vez más al ideal de aquéllos, hasta donde es adaptable a la vida moderna.

El problema de la disciplina en esas vastas agrupaciones escolares ha cambiado de carácter. Históricamente fue la necesidad de mantener en vigor una regla externa de vida, para evitar colisiones o apartar peligros. Ahora es la formación de una conciencia social bastante viva para ejercer presión, hasta absorber los elementos análogos y eliminar los adversos. Es el mismo principio que hallábamos en la política. Disciplina quiere decir gobierno, y gobierno significa fuerza interna directriz.

Suprimida la regla externa, vive la escuela en un régimen de libertad. Si se consigue formar un ambiente moral y de trabajo él da la medida de las cosas que deben evitarse, siempre en el modo flexible de un ideal que pide en cada caso aplicación distinta. La veracidad es entonces considerada como atributo de virilidad y fortaleza. Sobre ella se levantan todas las relaciones entre escolares y maestros.

En Eton, la gran escuela de la aristocracia inglesa, preguntaba yo a uno de los profesores qué medios empleaban para corregir las faltas de los muchachos. Me dijo que bastaba preguntar quién las había cometido para que el autor lo declarara inmediatamente. Si algún muchacho falta a la verdad, la tacha de cobardía y el menosprecio de sus compañeros le hace

imposible la vida: no es preciso que se le expulse; la opinión general le obliga a marcharse.

Todo depende de la apreciación colectiva y de su criterio moral, hasta el punto, me decía aquel maestro, que nada puede corregirse si la opinión general de los muchachos no lo considera reprobable. Y cuando yo insistía en lo que podría ocurrir si éstos anduvieran alguna vez desca-minados en su criterio, me replicaba, con un optimista aplomo, que lo razonable siempre se impone. Y esto, en labios de un inglés, no indicaba fe en la virtualidad de los principios racionales, sino en la salud de su raza y del grupo de muchachos bajo su custodia.

Aquella opinión colectiva no es precisamente el sentir de la mayoría, o puede al menos no serlo. Quiere más bien decir la opinión del grupo más prestigioso, al cual a veces se somete, por su mayor fuerza moral, intelectual y hasta física, una mayoría contraria.

En ocasiones, la razón está de parte de los muchachos y en contra de los maestros, siendo curioso ver cómo también entonces se impone. Hace poco, en uno de los más famosos Colegios universitarios de Oxford, hubo que hacer reformas en el local; las autoridades académicas, inspirándose en la tradición, se negaron a instalar cuartos de baño; pero los estudiantes se colocaron enfrente, amenazaron con negar recursos y los baños fueron establecidos.

Constituida la escuela como unidad social vigorosa, se desborda enseguida su energía hacia fuera y aparece una acción social sobre el medio que la rodea, en parte difusa, inconsciente, por infiltración, por el juego de acciones y reacciones múltiples, y en parte organizada. De ésta hay variadas manifestaciones. Me contentaré con citar algún ejemplo.

La extensión universitaria ha sido un intento de poner la cultura superior al alcance de las masas. Grupos de profesores, designados por las universidades, han salido en misión científica, dando cursos breves en ciudades y pueblos apartados, donde no podría llegar de otro modo la corriente científica del país. Al principio fueron solamente conferencias; luego se estableció también un sistema de conversación y de trabajos hechos por los alumnos y corregidos por el profesor. No puede decirse que de ahí haya salido un movimiento científico de carácter popular, pero la extensión universitaria ha producido una considerable porción de excitaciones, una obra de propaganda y agitación, que quizá en plazo más o menos lejano se concrete en la formal petición de una enseñanza superior para el proletariado y la modesta burguesía.

Más evidente aún es otro resultado de ese mismo movimiento: el rejuvenecimiento de las Universidades y su reingreso en la vida civil de cada país, después de un cierto periodo de desdeñoso apartamiento. Los emisarios de la Universidad se han enterado de las necesidades de cada región, de cada ciudad, de cada clase social, de cada gremio. Y sus inquietudes, al volver, han sacudido en sus laboratorios a los tranquilos investigadores.

Una *Asociación para la educación de los trabajadores* constituida hace poco en Inglaterra ha querido hacer más profunda la misma acción difusiva, sacándola de las clases medias, donde tendía a vincularse, y llevándola a las agrupaciones obreras, donde se abren continuamente cursos de ampliación para la formación general y la educación cívica. Como en otro lugar indicaba, todo depende del tacto, el desinterés, la neutralidad y el sentido profundamente humano con que la obra se lleve. Si es solamente para detener el mo-

vimiento obrero, no tardará en languidecer y morir; si es para favorecerlo en sus legítimas aspiraciones, sus beneficios pueden ser calculables.

Análogo carácter tienen los *Settlements*, especie de colonias de jóvenes universitarios establecidas en los barrios más miserables de las grandes ciudades. Son un hogar abierto para las necesidades y las tristezas de los pobres: allí reciben enseñanzas, consejos, distracciones, auxilio para encontrar trabajo, protección cuando son vejados, asistencia cuando están enfermos; allí se organizan colonias escolares para los niños enfermizos y visitas y socorros domiciliarios; allí se abren exposiciones y se celebran veladas. Pero al mismo tiempo son esos establecimientos laboratorios de observación y de experimentación para estudiar en vivo el complejo organismo social.

### La enseñanza

El método de enseñanza antiguo está representado en la opinión de Kant que pensaba que la ciencia, primero se hace y luego se comunica, es decir, que la función del maestro sería propiamente recoger los resultados de lo que en el mundo hasta la fecha se ha hecho, condensados, seleccionados y transmitidos a sus alumnos. Esta es la concepción simplicista que se corresponde con aquel ingenuo movimiento liberal de que al principio hablamos. Consecuencia de ella ha sido la invención de sistemas para comprimir y retener las doctrinas científicas; la ciencia en pastillas, que diríamos humorísticamente: cuadros sinópticos, reglas nemotécnicas, menosprecio de opiniones refutadas, la verdad limpia y única, cuya posesión hace sabios.

Pero en el último siglo toda esta concepción parece abandonada.

Hubo, de una parte, una reacción contra las construcciones ideales del siglo

XVIII y un vehemente deseo de investigar toda la traza histórica que han dejado, en su desarrollo, las costumbres, las leyes y las lenguas; de otra, una gran ansia de levantar todos los conocimientos humanos sobre la base experimental, única que se creía positiva; y en fin, un cambio en el concepto de la ciencia, que de repertorio de verdades conquistadas pasa a ser una posición provisional, y en perpetua crisis, del espíritu humano.

Aprender no fue ya recoger conocimientos, sino formarlos. Se vino a parar a que nadie sabe verdaderamente, es decir, nadie sabe de una manera viva y fecunda, sino las cosas que él mismo consigue producir en su espíritu, y llegó a ocupar lugar secundario el caudal de los conocimientos, comparado con la aptitud para formarlos.

El problema de enseñar fue el de desarrollar el poder de atención y las potencias creativa y constructora de cada individuo. No como si cada cual hubiera de inventar de nuevo toda la cultura humana, sino porque esa cultura es sólo asimilable mediante una cierta actividad, nunca con la mera receptividad del sujeto.

Un pedagogo, a principios del siglo pasado, observó la inquietud del niño; su afición a imaginar, a remedar, a construir; la curiosidad que le hace romper los juguetes; la inclinación a manejar arena, nieve y sustancias obedientes a sus manos; pensó que en vez de la seriedad y la quietud y las graves lecciones, eran más bien aquellas energías mismas, desarrolladas en el juego, la única fuente sana de todo aprendizaje, y así aparecieron esas escuelas que todos conocemos con el nombre de *jardines de la infancia*.

De entonces acá la gran obra ha sido llevar esos mismos principios del jardín de la infancia a las escuelas secundarias y

de ellas a la Universidad y a toda la obra didáctica. No hay más variante sino que cada edad tiene sus juguetes. Pero el principio es siempre el mismo: hay que aprovechar y estimular la curiosidad natural y el deseo de enterarse; a nadie deben dársele matemáticas, o física, o historia sin hacerle sentir antes el deseo de ellas; no un deseo platónico o de condescendencia, sino el ansia de poseerlas para algo, ya sea el placer de contemplarlas, ya la aplicación directa a alguna necesidad.

Ésta debe ser la base de los planes de enseñanza y del sistema dentro de cada ciencia y para cada individuo.

El principio de la actividad del alumno para la obra docente tiene su más alta expresión en los laboratorios de las Universidades. Alemania ofrece en este orden el más ostensible ejemplo. Ciertamente que hay aún buen número de conferencias orales, ya como resto de la época en que no existía la imprenta y eran raros los manuscritos, ya como concesión a cierto número de alumnos que son principalmente auditivos; pero todos los profesores realizan su obra propiamente científica en los laboratorios y en ellos se forman los futuros maestros. Cada estudiante reconstruye, sobre las fuentes originales, un capítulo de la ciencia que ha de ser centro de su especialidad, y prosigue más tarde alguna investigación personal.

Esto es aplicable lo mismo a las ciencias naturales que a la medicina, a la historia que a la jurisprudencia. Basta recordar que los abogados en Alemania y en Inglaterra hacen una preparación científica en las Universidades (que en Inglaterra hasta es potestativa), preparación que a su vez consiste en reconstruir la formación lógica e histórica de las legislaciones, y luego se forman como tales abogados en los gremios y en los tribunales.

Y todavía el emperador de Alemania acaba de pronunciar un discurso encareciendo la necesidad de intensificar más y más esa obra de Laboratorio a la cual debe su país la indudable supremacía científica que hoy tiene en el mundo.

Bien conocido es también que en los Estados Unidos, el pueblo de los grandes arrestos, hay una Universidad sin profesores. Toda la labor se hace por la colaboración de los estudiantes antiguos con los nuevos en las investigaciones.

Hasta tal punto va por ese lado la corriente general, que ha comenzado a preocupar si la acentuación del nuevo sistema podría romper la unidad de la ciencia en que la Universidad tiene su raíz. En Francia hay un movimiento, que se llama de la Nueva Soborna, y tiende a salvar ese terreno común de la cultura que las especialidades amenazan desmembrar.

Esto nos lleva a otro de los principios directores de la formación intelectual: el acertado equilibrio entre la formación general humana y la preparación profesional.

Ha sido dominante la idea de que aquella preparación general debía ser la base de toda actividad específica ulterior, y ocupar totalmente la parte primera en los planes de enseñanza. Así se explican las batallas reñidas alrededor de estos planes, sobre si el griego y el latín deben ser exigidos a quienes se preparan para hacer agricultura en las colonias, o sobre las dosis de matemáticas que ha de darse al que haya de ser helenista o arqueólogo.

Las soluciones eran más absurdas cuanto más conciliadoras; porque partían del supuesto de que el hombre está 16 ó 18 años haciendo su educación general como hombre y como ciudadano, la acaba al tomar un certificado de bachillerato,

y al día siguiente empieza su preparación profesional.

Algo remediaron el daño ciertos países, adoptando una segunda enseñanza de tipo vario, de modo que ya al comenzarla había un principio de especialización que luego se acentuaba; pero hay que reconocer que ésta es todavía una cuestión en honda crisis.

La idea fundamental se destaca ya, sin embargo, con cierta precisión: la formación general y la especialidad deben correr unidas a lo largo de toda la educación y, por lo tanto, de la vida entera. El que suspenda o retarde cualquiera de ellas adquiere un desequilibrio que no favorece, sino perjudica a la otra. Es lo mismo que hemos indicado respecto al desarrollo paralelo de cuerpo y espíritu y de las diversas energías de cada uno.

Sólo que, a lo largo de la vida, el espacio que ocupa la formación general en la actividad de cada individuo, mengua, y el que toma la especialidad crece; el hombre se especializa a medida que avanza. Es una cuestión de dosis, y, como tal, relativa, dependiente de las condiciones de cada caso. Desde los comienzos, desde el jardín de la infancia, puede iniciarse la especialización, por diminuta que ella sea. Y hay que darla, de ahí en adelante, progresivamente acentuada y en correspondencia con la fuerza de vocación que cada niño revele, con tal de que no llegue a estorbar el crecimiento simultáneo de la formación general a través de la vida entera.

La consecuencia es que cada muchacho necesita un plan de estudios especial, adecuado a su vocación y sus condiciones; o mejor, una dirección inteligente que vaya determinando a posteriori la marcha de sus trabajos. Y evidentemente, a través de rodeos y ensayos, ese es el

camino que van recorriendo cuantos países prestan atención a estas cuestiones.

En la enseñanza superior es donde esa flexibilidad ha podido más prontamente arraigar.

Las Universidades inglesas, por ejemplo, dejan un gran espacio a la iniciativa del estudiante en la elección de su plan de estudios, mediante la sustitución de unas asignaturas por otras, y encomiendan a los llamados *tutors* la dirección y ayuda de cada joven. En las Universidades alemanas, cada cual es libre de estudiar las materias que sean de su afición y en el orden que crea conveniente; no hay plan oficial de estudios propiamente dicho, limitándose cada Facultad a dar, como consejo, para los casos ordinarios, ciertas indicaciones generales.

Alemania es el país de máxima libertad en los estudios superiores y de mínima cantidad de exámenes. Y con ambas cosas ha podido llegar a la cima de la cultura científica. Difícil será desconocer la importancia de este hecho.

### **Algunos tipos de escuelas**

No puedo hacer aquí ni siquiera indicaciones de cuáles son los sistemas de educación nacional que los diversos países han adoptado.

La intervención del Estado que ha venido acentuándose cada vez más en el siglo último, como consecuencia del movimiento democrático hacia la enseñanza obligatoria y gratuita de que antes hablé y como remedio contra las escuelas confesionales o de clase, parece que vuelve a estar en crisis; no ciertamente para retroceder al antiguo sistema, sino para sacudir ahora la tiranía de un poder central que puede ser oligárquico o arbitrario, y poner el gobierno de las escuelas en manos de las mismas familias interesadas, representadas por organismos especiales.



Pero dejando a un lado estos problemas políticos, quiero recoger solamente algunas notas generales de especial interés.

Es una, que la educación no pertenece a un periodo determinado de la vida, sino la abarca toda, puesto que el desarrollo del espíritu humano no se interrumpe sino con la muerte, y la educación no tiene otro fin que el de favorecerlo.

Consecuencia práctica de esto son las nuevas instituciones destinadas a aprovechar, en los apremios de la vertiginosa vida moderna, cualquier instante libre, cualquier benévola disposición del ánimo, para la causa redentora.

En todas partes se han creado escuelas de continuación y clases de adultos; ya me he referido antes también a la extensión universitaria y a la obra social, y sería muy largo enumerar la serie de tanteos que en cada país se hacen para retener a los niños en las escuelas y alargar cada vez más el periodo de su preparación; voy solamente a mencionar, como un ejemplo de nuevo tipo, los llamados "Politécnicos" de Londres.

Su origen es muy curioso: de una parte un filántropo que se dedica a enseñar a leer a unos cuantos muchachos barrenderos de Londres, primero en las calles y luego en un mísero cuarto alquilado con los recursos que a caridad ponía en sus manos; de otra un soñador que escribe una novela sobre lo que podría ser un palacio del pueblo donde los trabajadores se congregasen, después de su jornada, para gozar una vida espiritual refinada y las comodidades materiales que el adelanto industrial ofrece.

Al poco tiempo, empiezan a fluir los donativos, se destinan a esos fines algunos fondos públicos y surgen una tras otra una serie de instituciones que llevan

aquel nombre genérico y congregan diariamente treinta o cuarenta mil alumnos: hombres, mujeres y niños.

Son una especie de guardia permanente para aprovechar los ratos libres de todo el que quiera perfeccionar su formación. Un obrero panadero puede ir por las noches y recibe enseñanza de análisis de harinas, confección de panes, dibujo y ornamentación para repostería, todo ello prácticamente, amasando, formando y cocinando; una sirvienta encuentra enseñanza de lavado, planchado, limpieza o cocina; un mecánico tiene talleres de construcción de automóviles y maquinaria; un albañil puede ejercitarse en hacer bóvedas, en dibujar, en cortar piedras; un químico dispone de amplios laboratorios; los que quieren hacer estudios universitarios hallan clases de economía, de historia, de literatura, de música, de matemáticas; hay biblioteca, gimnasio, un salón donde las madres pueden dejar a sus hijos pequeños jugando, mientras ellas entran en algún laboratorio, clase o taller; hay escuelas secundarias de artes e industrias, anejas a algunos, y hasta se organizan en verano excursiones a diversos puntos del Reino Unido y del continente.

Bien se comprende que es difícil todavía prever cuál va a ser el carácter de esta especie de Universidades, donde alternan gentes de tan diversas edades, ocupaciones y clase social. Por el momento producen una enorme fermentación de cultura y dan la mano a miles de trabajadores y empleados que parecían condenados, por la esclavitud de su oficio, a un eterno estacionamiento. Pero yo no osaría aventurar si van hacia una integración de tan heterogéneos elementos, por la sola fuerza ideal del trabajo, o si tienden a diversificarse en una serie de establecimientos independientes. Aquí sólo nos interesan como intento, en gran escala, de

ofrecer a todo el mundo, en cualquier época de la vida, la posibilidad de nuevo avance y perfeccionamiento.

Otra de las notas que quería recoger se refiere a la educación de la mujer. Es un movimiento que está casi en sus comienzos -aunque por la distancia entre lo que aquí tenemos y lo que han hecho otros pueblos, deba parecer ya formidable e inaccesible- y tan complejo, que sería insensato tratar ahora de plantearlo.

Todavía no está la mujer admitida en todos los países a disfrutar de los beneficios de la cultura en igual proporción que el hombre; pero, hasta allí donde se le imponen atávicas restricciones, recibe, en otra forma, cada día mayores facilidades. La igualdad se va estableciendo en la educación primaria y en la enseñanza superior. En las escuelas elementales es muy común ver mezclados, con mayor o menor sinceridad, niños y niñas, y en las Universidades la coeducación es casi universalmente aceptada.

No ocurre lo mismo en el periodo intermedio de la llamada enseñanza secundaria que en ésta, como en tantas otras cosas, atraviesa aguda crisis. Ahora bien, interesa conocer que allí donde se prefieren escuelas separadas no se invocan para ello los peligros de la aproximación de sexos que son la pesadilla de estados sociales inferiores, sino razones de otro orden, como las diferencias psicológicas o el diferente ideal de formación para cada sexo.

Las escuelas de niñas van tomando rumbo hacia una obra intelectual seria.

Las clases de adorno ceden el puesto a las matemáticas, la química, las ciencias naturales, la literatura, la historia, el latín, el griego, la geografía, el dibujo, la contabilidad. Desde esas escuelas pasan a las Universidades o van a la vida de los ne-

gocios. Pero merece notarse que, alternando con aquellos estudios, aprenden economía doméstica, es decir, cocina, lavado, plancha, confección y arreglo de ropas, etc.

Últimamente se ha visto que, como para los niños, se había llegado a crear un tipo de escuela para las clases acomodadas, perfectamente inservible para la obrera. Y han empezado a organizarse, también para las muchachas, escuelas industriales, donde se preparan para entrar como obreras en los talleres y tienen luego clases nocturnas de perfeccionamiento, después de haber logrado un puesto.

Se va llegando en todas partes a la conclusión de que las atenciones del hogar son compatibles con una cultura espiritual intensa, con una vida social frecuente, con el ejercicio de una profesión o con el cultivo de un arte. Todo depende de la habilidad con que la vida se organiza. Es más, en los pueblos de tipo oriental, donde la mujer es un anejo de la casa, el hogar es una institución menos sólida moralmente, y desde luego menos refinada y poética, que en los países libres.

Por último, dos palabras sobre la elección de tipo de escuela. Así como decía antes que cada niño necesita su plan de estudios especial, así puedo decir ahora que cada país, cada región, cada provincia, cada ciudad y hasta cada barrio necesita su escuela peculiar, planteada y conducida según las exigencias respectivas. ¿Cómo pueden ser de igual tipo las escuelas para las aldeas que para las ciudades, para las regiones fabriles que para las agrícolas? La escuela debe ser resultante del medio social. De aquí el cuidado con que se estudian las condiciones de cada uno para adecuarlas a ellas.

No hay nada más interesante, para quienes están al frente de la política peda-

gógica, que repasar, v. gr., los estudios de diversas regiones inglesas, hechos con ese fin por el profesor Sadler.

### Los países atrasados

En la imposibilidad de hacer más larga esta enumeración, permítaseme concluir con algunas reflexiones que el estado de España sugiere.

Es probable que todo español experimente un profundo desaliento al contemplar el espectáculo de la cultura moderna y pensar en la situación de su propio país. Yo al menos lo he sentido a veces tan intenso que poco ha faltado para renunciar a todo esfuerzo.

Influye en esto seguramente mi falta de preparación y la parte que me toca en la debilidad actual de nuestra raza; pero aún queda margen que atribuir a la situación real del país como consecuencia de los siglos de estancamiento que ha atravesado.

Lo peor de todo es que los curanderos suelen ofrecer remedios heroicos, radicales, instantáneos, mientras la ciencia y la experiencia fían solamente en las fuerzas vitales del organismo, favorecidas por un plan adecuado.

Así resulta que los espíritus sencillos han podido creer de buena fe que era posible transformar nuestra educación nacional -mejor sería decir crearla- mediante prudentes disposiciones legislativas y sabias ordenanzas. Y hemos copiado, en efecto, no pocos planes de estudios, con frecuencia alterados en el nombre, siempre semejantes en el fondo, y que tal cual aparecen en la *Gaceta* no se diferencian gran cosa de los de otros países.

Mas lo que debajo de ellos hay, la cruel realidad de lo que se hace en los centros docentes, está demasiado en la conciencia de todos para que yo necesite remover amarguras.

Si se piensa en remedios que no sean aquellos milagrosos, creo que es inútil dirigir la vista a los países ya constituidos, con una tradición científica, con una conciencia nacional formada, con un sistema de educación largo tiempo preparado, establecido y depurado. Es muy fácil que en ellos nos fascine la exterioridad y la pompa, los edificios, la maquinaria, los sueldos, las exposiciones, los congresos y que nos sintamos tentados a imitar todas esas cosas que, faltas de jugo interno espiritual, llamaría el poeta *verduras de las eras*.

Hemos de fijarnos más bien en lo que han hecho, en lo que hacen actualmente los pueblos que, cualquiera que fueran sus glorias pasadas, han visto rota su tradición y han tenido que emprender de nuevo el camino. Y ello, no para copiar cosa alguna, sino para enterarse del proceso por el cual los organismos vivos se regeneran.

Porque la historia indica con suficiente insistencia que los florecimientos culturales son producto del contacto de civilizaciones diferentes. Hay una especie de fecundación que, sin ahondar ahora más, puede bien referirse al carácter de producto social que la cultura tiene, lo mismo referida a las colectividades de individuos que a las de pueblos.

Para comprender que no somos extraños a ese fenómeno, basta recorrer nuestra propia vida nacional, desde el Califato de Córdoba a la venida de los cluniacenses, desde el obispo Jiménez de Rada a las aventuras en Italia, Flandes y América, desde Carlos III a los afrancesados.

Por otra parte hay en estas situaciones de decadencia una sola forzosa salida.

Porque como nada se remedia con revolver, desempolvar y alinear los elementos caducos, ni los gobiernos pueden con

la *Gaceta* añadir un solo átomo de cultura efectiva, poco a poco van todos persuadiéndose de que no queda otro recurso que formar nueva gente y unirla a los elementos aprovechables de la antigua.

Ahora bien, llegados a una situación semejante, los pueblos necesitan, para salvarse, una inyección de sangre nueva y no evitan una intervención extranjera o una penetración pacífica, sino saliendo ellos mismos a buscar lo que la cultura de la época, constituida en conciencia universal, impone como imprescindible.

En esa primera etapa del resurgimiento, cuando no es posible aspirar sino a sacudir de su letargo al país, lanzando al extranjero unos miles de jóvenes que se preparen para la nueva vida, toda organización general es funesta, toda gran construcción peligrosa, porque nadie sabe todavía el sentido en que han de desenvolverse las fuerzas nacionales. A medida que van formándose los hombres nuevos se los agrupa, según la homogeneidad circunstancial, en núcleos provisionales, sin líneas muy definidas, se les dan elementos para proseguir sus trabajos, se procura recoger toda su actividad al servicio del país y se espera a que el tiempo haga su obra.

Cien veces se ha citado el ejemplo de las grandes potencias europeas y americanas. Y, casi en nuestros días, se ha admirado el mundo de ver cómo, desde el Extremo Oriente, el Japón se ha adueñado en pocos años de la cultura mundial. No ciertamente sin tanteos, porque cuando en 1868 comienza la era Meiji, el movimiento estaba inspirado en el ideal del siglo XVIII, hasta tal punto que en 1872 se hace un código de educación que copiaba el sistema napoleónico y la rigidez de sus divisiones y sub divisiones uniformes: distritos universitarios; distritos de escuelas intermedias, etc. Pero es maravi-

lloso ver cómo en sólo siete años sale el Japón de la etapa ingenuamente revolucionaria en que nos hallamos nosotros todavía, suprime en 1879 toda esa red administrativa artificiosa y comienza a emplear los métodos exigidos por las condiciones locales, siguiendo fundamentalmente la inspiración de los Estados Unidos.

Dedican esos primeros años a traducir al japonés obras extranjeras, muchas de ellas sobre educación, llaman, como directores de escuelas normales e inspectores, a algunos profesores americanos, envían en masa sus estudiantes a Europa y América, hasta que en 1885 llega a ser ministro de educación Mori Yurei que, habiendo residido muchos años en el extranjero, da un nuevo empuje, de extraordinaria importancia, e introduce el influjo y los métodos alemanes. De entonces acá se han formado rápidamente los nuevos centros docentes y hoy no necesita ya el Japón mandar al extranjero, como antes, jóvenes casi niños, sino hombres ya formados en sus Universidades que vienen a Europa y América con preparación bastante para incorporarse desde luego a los laboratorios de investigación superior.

Cada triunfo, en vez de envanecer, ha sido motivo para reformar; cada ardor patriótico, en vez de ser exclusivista y patriotero ha sido expansivo; cada avance les ha hecho ver más claros los propios defectos, y han amado más a su país cuantos más los han reconocido. La victoria sobre China y la victoria sobre Rusia no fueron sino la señal para nuevos esfuerzos en la educación nacional.

Yo recuerdo, como contraste con este espíritu, lo que me contaba un amigo que ha regresado hace poco de realizar estudios filológicos en Marruecos. Dice que los rifeños, congregados en los cafés y

tertulias, sostienen que ellos son inferiores en riqueza, pero superiores en talento y valor a los españoles; y que ganan todas las batallas, sólo que su Gobierno inepto da siempre al enemigo las ventajas de la victoria. Es, después de todo, lo que se decía en España a raíz de nuestra guerra con los Estados Unidos.

Repasad ahora las memorias y las estadísticas que publica el ministerio japonés de educación y quedaréis asombrados. En 1872 las escuelas eran visitadas por un 30 por 100 de los niños y niñas dentro de la edad escolar (es decir, casi como nuestra asistencia media actual) y en 1908 sube la asistencia a 97,38 por 100. Se establece, con el nuevo personal, un sistema de escuelas primarias, superiores y técnicas, se dotan y reorganizan tres Universidades y se crea una Escuela de lenguas extranjeras donde se enseña, con un método práctico y vivo, inglés, alemán, francés, italiano, español, ruso, chino, coreano, tamil, indostano, mongol y malayo.

La mujer, sometida y degradada por el influjo chino y budista, por la idea de que el estudio atacaba las virtudes femeninas, se inicia en el siglo XVII en el aprendizaje de la etiqueta, las labores, la música y las ceremonias. Más, desde la victoria sobre China, se comprende la importancia de la educación de las madres, se establecen escuelas superiores para mujeres y surge un colegio universitario privado. Después se ha creado la educación profesional e industrial para la mujer, con un sistema completo de escuelas, donde aprenden labores, cocina, tejidos, tintorería, agricultura, tecnología, comercio, música, canto, etc. Hay en Tokio una Escuela de Medicina para mujeres, un número considerable de asociaciones, v. gr., para la educación, para la sanidad o la beneficencia, y muchos periódicos sostenidos igualmente por ellas.

Bien se comprende, pues, que el Japón, en su estado actual, se halla ya demasiado lejos para que pueda servirnos de modelo. Es de la etapa que atravesó rápidamente hace 30 años, de donde, para nuestra situación presente, cabe sacar enseñanzas.

Pero otros pueblos hay, que hacen en estos instantes el esfuerzo que nosotros hemos de intentar.

Ahí tenéis a Chile que viene formando su profesorado y la oficialidad de su ejército en las grandes naciones europeas; ahí está Rumania que con gran modestia ha enviado sus estudiantes a las Universidades alemanas y ha reorganizado sobre esa base pieza por pieza el organismo de su instrucción pública, primero en un movimiento de entusiasta apostolado, de 1864 a 1893, y luego de consolidación bajo los auspicios del ministro Haret; ahí está Persia, que reparte también sus jóvenes por los países europeos y pone al lado de cada uno un tutor que auxilia e inspecciona sus trabajos; ahí está Turquía que cuenta por centenares su colonia escolar en el extranjero.

El gobierno de la India, no solamente pensiona jóvenes en Inglaterra y les abre, mediante comités de protección, las puertas de la sociedad inglesa, sino que tiene establecida en Londres una casa donde los estudiantes son recibidos, hasta tanto encuentran lugar adecuado en familias o en hospederías escolares.

El gobierno egipcio ha establecido en Londres una misión pedagógica permanente para la tutela de sus estudiantes en general y para la dirección, especialmente, de sus numerosos becarios. Una cosa muy semejante viene haciendo Siam hace más de treinta años.

Sobre una base más amplia, la República Argentina ha creado también una

Delegación en París, cuyo jefe hace los pagos a los pensionados del gobierno, dirige sus estudios, publica sus trabajos, recibe informes de los centros docentes y viaja continuamente por Europa para la doble labor de inspección y tutela. Otra organización semejante tiene la Argentina en los Estados Unidos.

Por último, China lleva algunos años sosteniendo en el Japón un promedio de 10.000 estudiantes que son enviados allí sin más exigencia que la preparación equivalente al bachillerato, y el alistamiento en masa. Tiene además unos 600 becarios en los Estados Unidos, con una Delegación permanente para cuidar de ellos, y unos 300 en Europa, al cuidado también de funcionarios especiales. Esto sin contar los miles que, por cuenta de sus familias, viajan por el mundo entero.

Parecen notas comunes a todo este movimiento, de que acabo de ofrecer sólo algunos ejemplos: primero, que cuanto mejor es el desarrollo y la eficiencia de los centros de educación nacionales, más jóvenes deben ser enviados los pensionados al extranjero y más tiempo necesitan permanecer en él; segundo, que su labor ha de ser favorecida y vigilada por un organismo permanente de carácter técnico; y, tercero, que es preciso encontrar el medio de que se aproveche inmediatamente en las funciones públicas de su país la preparación que traigan los más capaces.

Como respuesta a una observación de vez en cuando oída, debo hacer constar que esa corriente cosmopolita no ha disminuido en lo más mínimo la personalidad nacional de cada uno de los países, porque, como dice Unamuno, la individualidad se acentúa más cuanto más se ahonda en lo universal. Yo siempre creo que tiene más personalidad un inglés, ciudadano del mundo, que un rifeño; y así

tiene que pensar todo el que no confunda la originalidad, el carácter y el poder creador, con la rareza extravagante.

Y permítaseme ahora que concluya diciendo dos palabras de lo que España lleva hecho en ese mismo orden. Desde el año 1900 comenzó a facilitarse la salida de nuestro profesorado al extranjero, y desde 1902 empezó el Gobierno a enviar pensionados.

En 1907, queriendo ensanchar la obra y darle condiciones de estabilidad, se creó una Junta, como organismo neutral, ajeno a los cambios políticos, y capaz de sostener la continuidad que un servicio de esa naturaleza, cuyos efectos no pueden apreciarse sino por decenas de años, necesariamente supone. Fueron llamados a ella representantes de todas las opiniones, hombres seriamente interesados en los problemas de nuestra educación nacional y científicos de probada competencia. La preside el Doctor Ramón y Cajal. Ha sido un ejemplo raro y consolador en España ver los hombres de laboratorio, obreros solitarios de la ciencia, sacrificando una parte de sus energías a la obra social de nuestra educación.

Ese organismo, mediante sucesivos ensayos, ha ido formando un cierto sistema que hoy podría agruparse en esta forma: 1º, envío de pensionados al extranjero, comunicación con ellos y formas de tutela y auxilio para facilitarles su labor; 2º, servicio de información extranjera en las cuestiones de educación, para divulgar el conocimiento de los centros docentes y las condiciones de la vida en los principales países; 3º, un Patronato de estudiantes que secunda la iniciativa privada auxiliando el envío de jóvenes al extranjero por cuenta de las familias; 4º, centros de investigación científica, organizados dentro y fuera de España, como medio de que los pensionados en el ex-

tranjero puedan continuar su preparación, y los que aspiren a salir, comenzarla reunidos, con los elementos que el país ofrezca, en un trabajo práctico y personal, hay hasta ahora constituidas tres agrupaciones: el Centro de estudios históricos, el Instituto nacional de ciencias físico-naturales y la Escuela española en Roma para Arqueología e Historia; 5º, el fomento de las instituciones de carácter educativo, para mejorar en todos los órdenes la vida de nuestros escolares, se ha abierto ya en Madrid la primera Residencia de estudiantes donde estos hallan favorables condiciones higiénicas, morales e intelectuales, dentro de un régimen de sana libertad.

Bien se comprende, por esta enumeración escueta, la importancia de la obra que a la Junta se ha encomendado. Para llevarla a cabo necesita la confianza de todos los partidos y escuelas, la tolerancia para todas las opiniones y la independencia frente a cualquier exigencia o presión que no sean las de los intereses científicos del país.

Ahora no extrañaréis que yo tenga una gran esperanza en este movimiento, con tan buena voluntad emprendido. Es una reproducción, adaptada a nuestras circunstancias, del proceso por el cual han resurgido al mundo de la cultura todos los países, desde Alemania hasta China.

Al mismo tiempo se oyen acá y allá voces sinceras, llamando al cultivo de la tierra, recordando a los desesperanzados la fertilidad del suelo y la riqueza de las minas, evocando los tiempos en que florecieron nuestras industrias y nuestras artes, mientras se eleva del proletariado y la humilde burguesía la exigencia de un mejoramiento de su condición social y de su bienestar económico.

Toda esa agitación debe ser antes motivo de esperanza que de espanto.

Porque parece, por este y otros signos semejantes, que España vuelve a sentir los dolores y los amores de la maternidad, avergonzada de haber abandonado tantas generaciones en una orfandad sin esperanza, y tiende los brazos hacia los que emigran y quiere detener el río de sangre, en locas aventuras derramada, para concentrar todas sus fuerzas, quizá sus últimas fuerzas, en criar hijos sanos. Que sólo en nombre de ellos puede alzar su voz en el concierto humano, invocando derechos de independencia y vida.

Decidme si en estas circunstancias puede ningún español rehusar la ofrenda de su trabajo.”